El herrero armonioso

Cancionero de los niños

Compilado por
LUIS ARENA

PEUSER
EDITORES

El Herrero Armonioso

CANCIONERO DE LOS NIÑOS

OBRAS DEL AUTOR

NUBES DIÁFANAS. — Cuentos para niños. *(Agotado.)*

FORJADOR. — Texto de lectura para los grados superiores.

FORJADOR. — Íd. Edición especial para niñas.

FORJADOR. — Íd. „ „ „ varones.

IDIOMA GENTILE. — Para cuarto año de los Colegios Nacionales.

LA ENSEÑANZA DEL IDIOMA ITALIANO. — Crítica y Didáctica. *(Agotado.)*

EL HERRERO ARMONIOSO. — Cancionero de los niños.

C# 27°

2.40
1.60

LUIS ARENA

EL HERRERO ARMONIOSO

CANCIONERO DE LOS NIÑOS

CANTOS PATRIÓTICOS
POESÍAS FESTIVAS
MONÓLOGOS
EPIGRAMAS
DIÁLOGOS
ROMANCES
BALADAS
FÁBULAS
RONDAS

(2)

□

175 X 230

JACOBO PEUSER Ltda.
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Cumplidos los requisitos legales, esta obra queda bajo el amparo de la ley de propiedad intelectual Nº 11.723.

Los derechos de autor de las composiciones incluídas en esta antología se harán efectivos en la Casa Matriz de los editores:

San Martín esq. Cangallo — Buenos Aires.

Es ya un lugar común la afirmación de que la literatura infantil de los pueblos de habla española está muy lejos del grado de perfección alcanzado en algunos pueblos de Europa: Inglaterra, Alemania, países escandinavos. Y si nos referimos a la producción poética, fuerza es convenir que estamos aún en los comienzos. Comienzos promisores, sin duda — en los que nuestro país marcha a la cabeza, — pero que no significan un aporte cuantioso. De ahí que los maestros, que se interesan especialmente por la producción literaria dedicada al mundo infantil, desean que se les oriente y se les facilite la labor de la búsqueda.

Con el objeto de ofrecer material apropiado para el aula, hemos editado este CANCIONERO DE LOS NIÑOS *compilado por el profesor Arena, cuya doble condición de educador y de escritor aseguraba de antemano el acierto en la simpática tarea.*

La selección del señor Arena aparece enriquecida con un apéndice de poesías patrióticas, tan buscadas por los docentes por constituir un material que se adapta admirablemente para las clases especiales conmemorativas, así como para los actos y fiestas que marca el calendario escolar.

De la presentación gráfica de esta obra, dedicada a los niños y a los educadores argentinos, juzgará el lector. Con su publicación entendemos contribuir, dentro del área de nuestras actividades y en la medida de nuestras fuerzas, a facilitar la obra dignísima del maestro de aula.

LOS EDITORES

Este cancionero no pretende enfrentarse con el ceño adusto de la Crítica con mayúscula; pide la consideración amable de los que miran con simpatía y reciben con gesto cordial todo esfuerzo realizado en favor de los niños.

Los padres y los maestros dirán si valía la pena reunir en un volumen unos centenares de poesías infantiles.

Las personas a quienes interesan estas cosas — y muy especialmente mis colegas, los maestros — podrían contribuir con sus sugestiones a aumentar esta colección y a corregir los defectos achacables a inhabilidad del compilador.

Una colaboración tan valiosa me honraría altamente a más de obligar mi gratitud.

LUIS ARENA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

LOS ÁRBOLES

El pino verde. — Fermín Estrella Gutiérrez..... 135
Balada de la luna en el pino. — Juan Ramón Jiménez.. 137
La muerte del árbol. — Emilio Bobadilla..... 139
Plantemos el árbol. — Enrique E. Rivarola..... 140
El cedro. — Mario Bravo..... 151
La higuera. — Juana de Ibarbourou..... 231

LOS ANIMALES

La gallina ponedora. — Germán Berdiales..... 21
El sapito Glo Glo Glo. — José S. Tallon..... 34
Pajarito. — Ida L. Réboli 35
Mi caballo. — Teodoro Palacios..... 37
El "Cola-Blanca". — Fermín Estrella Gutiérrez..... 41
El hornero. — Leopoldo Lugones..... 49
El gallo. — Luis J. Jiménez..... 67
A un caballo de calesitas. — Fernández Moreno..... 109
Al caballo de la calesita. — Roberto Valenti..... 111
La gatita muerta. — Amado Nervo..... 121
El nido ausente. — Leopoldo Lugones..... 141
El pájaro herido. — Francisco Isernia..... 142
Coquena. — Juan Carlos Dávalos 153
El gallinero. — Ovidio Fernández Ríos..... 201
El pavo real. — Ovidio Fernández Ríos..... 202
El gato. — Ovidio Fernández Ríos 203
El perro. — Ovidio Fernández Ríos 204
Voces de la fauna. — Melitón González..... 206
La araña. — Abel G. González..... 228

LOS POBRES

La caridad. — Rubén Darío..... 75
Sol de la mañana... — Rafael Alberto Arrieta..... 77
Mamboretá. — Evaristo Carriego..... 169
Las dos grandezas. — Ramón de Campoamor..... 213

LA MADRE

La tijera de mamá. — Germán Berdiales..... 20
Amor filial. — Amado Nervo..... 23
Madre mía. — Rodolfo Menéndez..... 96
Obrerito. — Gabriela Mistral..... 97
La madre. — Guillermo Saraví..... 99
Consejo maternal. — Olegario V. Andrade..... 101

INVIERNO

El molinero. — Alfredo R. Bufano..... 173
Balada de la nieve. — Alfredo R. Bufano..... 175
La lluvia no dice nada. — Pedro Miguel Obligado..... 178

PRIMAVERA

Primavera. — P. Oscar Tolosa..... 83
Doña Primavera. — Gabriela Mistral..... 183
Primavera, se agradece. — María Luisa Carnelli..... 185
Fiesta. — Alfredo R. Bufano..... 187
La guacha. — Arturo Samuel Drew..... 190

FESTIVAS

Don Ramón y su manía. — José M. Marcel..... 43
Perico. — Cecilia Borja..... 65
La fiesta de Mirringa Mirronga. — Rafael Pombo..... 69
Epigramas. — Vital Aza..... 95
Visita de cumplido. — Vital Aza..... 160
¡Anda! ¡Anda! — Vital Aza..... 163
La gran noticia. — Ricardo Palma..... 199
Voces de la fauna. — Melitón González..... 206

FÁBULAS

El burro flautista. — Tomás de Iriarte..... 103
La calumnia. — Rubén Darío..... 105
La mano izquierda y la derecha.—Miguel Agustín Príncipe 106
Las dos espigas. — Gaspar Núñez de Arce..... 147
El jumento murmurador. — Juan Eugenio Hartzenbusch.. 159
El sol y el polvo. — Rafael Pombo..... 177
El águila y el caracol. — Juan Eugenio Hartzenbusch.... 205
El gallo y el zorro. — Félix María Samaniego..... 209
Los dos perros. — Félix María Samaniego..... 211

RONDAS

Luna Blanca. — Tomás Allende Iragorri..... 25
La ronda de la luna. — Gastón Figueira..... 26
Luna de verano. — Fermín Estrella Gutiérrez..... 27
A la mancha. — Fernán Silva Valdés..... 29
Los pollitos. — Fernán Silva Valdés..... 30
Los pollos desobedientes. — Ida L. Réboli..... 31
La ronda de las mariposas. — Gastón Figueira..... 38
Invitación a la ronda. — Pedro Juan Vignale..... 61
¿En dónde tejemos la ronda? — Gabriela Mistral..... 79
Caperucita. — Clodomiro de Caboteau..... 80

CANCIONES

Los versos de Laura Beatriz. — Juan Manuel Cotta 19
Pajarito. — Ida L. Réboli..... 35
Flor de madreselva. — Cecilia Borja..... 52
Rosas. — José Martí..... 57
La rosa rosa del alba. — Pedro Juan Vignale..... 59
La campanita. — Amado Nervo..... 63
Arañita verde. — Ida L. Réboli..... 64
Obrerito. — Gabriela Mistral..... 97
El martillo. — Ernesto Mario Barreda..... 127
El pastorcito. — Ernesto Mario Barreda..... 129
El alma del payador. — Rafael Obligado..... 144
La canción de la paz. — Mario Bravo..... 149
Mantan-Tiru-Liru-Lá. — Luis Cané..... 165
El molinero. — Alfredo R. Bufano..... 173
Voz del agua. — Enrique de Mesa..... 223

CUENTOS

El señor don Gato. — Anónimo 39
Los chanchitos desobedientes. — L. M. de Cuenca..... 45
La fiesta de Mirringa Mirronga. — Rafael Pombo..... 69
La pobre viejecita. — Rafael Pombo..... 72
Cuento. — Rubén Darío..... 89
Gato embotado. — Enrique Banchs..... 93
Asamblea de juguetes. — José Constenla..... 117
Tityl y Mityl. — Jorge Obligado..... 123
La fiesta de medianoche. — Susana Calandrelli..... 157
La gran noticia. — Ricardo Palma..... 199

ROMANCES

El señor don Gato. — Anónimo..... 39
La araña. — Micaela Sastre..... 47
Romancillo. — Pedro González Gastellú..... 55
Canción de la molinera. — María Alicia Domínguez..... 87
Romances de la niña negra. — Luis Cané..... 167

BALADAS

Balada de la luna en el pino. — Juan Ramón Jiménez... 137
Balada de la nieve. — Alfredo R. Bufano..... 175
Balada de doña Rata. — Conrado Nalé Roxlo..... 193

LEYENDAS

La canción del bosque. — Julia Bustos..... 84
Caperucita. — Francisco Villaespesa..... 112
Blanca Nieve. — Francisco Villaespesa..... 113
Cenicienta. — Francisco Villaespesa 114
Coquena. — Juan Carlos Dávalos..... 153
El duende. — Juan Carlos Dávalos..... 155

VARIAS

La casa de muñecas. — Fermín Estrella Gutiérrez..... 53
Pulgarcito. — Gastón Figueira..... 115
Trisca el cabritillo. — Rafael Alberto Arrieta..... 131

Carapachay. — Martín Coronado..... 133
El canto del zorzal. — María Alicia Domínguez..... 143
El ala azul. — Mary Rega Molina..... 171
La verbena blanca. — Rafael Alberto Arrieta..... 181
La luz y la sombra. — Estanislao del Campo..... 195
Hermano viento. — José Pedroni..... 220
La inundación. — Gaspar Núñez de Arce:
Antes..... 225
Después..... 226
La hermana. — Eduardo Marquina..... 227

PARA LAS FIESTAS DE FIN DE CURSO

Los versos de Laura Beatriz. — Juan Manuel Cotta..... 19
La tijera de mamá. — Germán Berdiales..... 20
La gallina ponedora. — Germán Berdiales..... 21
Soy un tesoro. — Lorenzo D'Auría..... 22
Amor filial. — Amado Nervo..... 23
Buen viaje. — Amado Nervo..... 24
Pajarito. — Ida L. Réboli..... 35
Rosas. — José Martí..... 57
Perico. — Cecilia Borja..... 65
La pobre viejecita. — Rafael Pombo..... 72
Obrerito. — Gabriela Mistral..... 97
La mano izquierda y la derecha.—Miguel Agustín Príncipe 106
Asamblea de juguetes. — José Constenla..... 117
El martillo. — Ernesto Mario Barreda..... 127
El alma del payador. — Rafael Obligado..... 144
Visita de cumplido. — Vital Aza..... 160
¡Anda! ¡Anda! — Vital Aza..... 163
El ala azul. — Mary Rega Molina..... 171
La guacha. — Arturo Samuel Drew..... 190
La luz y la sombra. — Estanislao del Campo..... 195
La gran noticia. — Ricardo Palma..... 199
Voces de la fauna. — Melitón González..... 206
¡Sueña!... — Pedro Juan Vignale..... 215
Persevera. — Pedro Juan Vignale..... 217
A un impaciente. — Manuel de Sandoval..... 219
Adiós a la escuela. — Fermín Estrella Gutiérrez..... 233
Adiós, campanita. — Martorelli..... 235

PATRIÓTICAS

La Argentina. — Isaac Larrain 239
La escarapela. — Miguel A. Camino 240
Dos amores. — X. 241
Ofrenda a la patria. — Carlos Octavio Bunge 243
Patria. — Leopoldo Díaz 245
A la patria. — Estanislao del Campo 246
Patria en el mar. — Arturo Vázquez Cey 247
Canto a la Argentina. — Juan A. Cavestany 248
Patria. — Calixto Oyuela 249
La patria. — Olegario V. Andrade 251
A mi patria. — Ernesto J. Etcheverry 253
Canto a la Argentina. — Rubén Darío 255
La independencia. — Carlos Guido y Spano 257
El Himno. — F. Julio Picarel 258
A mi bandera. — Juan Chassaing 259
Los colores de nuestra bandera. — X. 261
Bandera de paz. — Martín Coronado 263
Las banderas. — Tomás Allende Iragorri 265
La bandera argentina. — Gustavo Ruiz 266
El tesoro del país argentino. — Carlos Octavio Bunge 267
La bandera argentina. — Teodoro Palacios 269
La bandera. — Salvador Rueda 271
Sarmiento. — Natalio A. Vadell 273
A Sarmiento. — Enrique E. Rivarola 274
Sarmiento. — Ricardo Rojas 275
Moreno. — Arturo Samuel Drew 277
Rivadavia. — Diego Fernández Espiro 278
Belgrano. — Eduardo L. Arengo 279
Güemes. — Leopoldo Díaz 280
A San Martín. — Gervasio Méndez 281
Hacia las cumbres. — Belisario Roldán 283
Los granaderos. — Belisario Roldán 285
Himno a los muertos por la patria. — Basilio B. de Charras. 287
El himno del payador. — Rafael Obligado 289
La jura de la bandera. — Rafael Obligado 293
El pampero. — Rafael Obligado 294
En el día de la raza. — Ida L. Réboli 295
América. — Juan Cruz Varela 297
Saludo a América. — Juan A. Cavestany 298
Tierra Prometida. — Leopoldo Díaz 299

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

— Todos aprenden a leer y escribir con facilidad — expresó la maestra. — El niño torpe es un mito; por eso la tarea es harto sencilla. En las letras y en los números termina la obligación de mi escuelita, y ahí comienza el deber de mi vocación. Yo quiero dejar algo dentro de sus espíritus; quiero encender una lucecita en cada cabeza, que es como dar cauce a una vida.

JOSÉ SANTOS GOLLAN, Hijo

De "El espíritu del niño como preocupación nacional".

LOS VERSOS DE LAURA BEATRIZ

La luna
mi cuna
plateó.

El viento
su acento
me dió.

Chiquita
buenita
yo soy.

Señores:
mis flores
os doy.

JUAN MANUEL COTTA.

LA TIJERA DE MAMÁ

Cuando me recorta el pelo
la tijera de mamá,
va diciendo en su revuelo:
chiqui-chiqui chiqui-cha...

Aletea,
viene y va,
y a mi oído cuchichea:
chiqui-chiqui chiqui-cha.

Cuando el pelo me recorta
la tijera de mamá,
charla más de lo que corta:
chiqui-chiqui chiqui-cha.

GERMÁN BERDIALES.

LA GALLINA PONEDORA

La gallina ponedora
con el gallo se pasea;
muy ufana y sí señora
todo el día cacarea...

Ella es tan conversadora
como el chorro de una fuente,
pero el gallo es muy prudente,
y a su largo *clo-clo-clo*
le contesta solamente:

—¡Sí, señora, cómo no...!

GERMÁN BERDIALES.

SOY UN TESORO

Soy de mi casa la más chiquita;
la más chiquita soy de Primero;
soy el encanto de mi mamita,
de mi maestra soy el lucero.

Allá, en mi casa, mi buena madre
me come a besos todos los días;
aquí, en la escuela, todas las tardes
mi maestrita me da alegrías.

Soy un tesoro. Puedo probarlo.
Si un rey quisiera comprarme a mí
y un mundo diera para lograrlo,
mis buenos padres, sin escucharlo,
responderían: "¡Fuera de aquí!"

Soy de mi casa la más chiquita;
la más chiquita soy de Primero;
soy el encanto de mi mamita,
de mi maestra soy el lucero.

LORENZO D'AURÍA.

AMOR FILIAL

Yo adoro a mi madre querida,
yo adoro a mi padre también,
ninguno me quiere en la vida
como ellos me saben querer.

Si duermo, ellos velan mi sueño;
si lloro, están tristes los dos;
si río, su rostro es risueño;
mi risa es para ellos el sol.

Me enseñan los dos con inmensa
ternura a ser bueno y feliz.
Mi padre por mí lucha y piensa;
mi madre ora siempre por mí.

Yo adoro a mi madre querida,
yo adoro a mi padre también,
ninguno me quiere en la vida
como ellos me saben querer.

AMADO NERVO.

BUEN VIAJE

Con la mitad de un periódico
hice un buque de papel,
y en la fuente de mi casa
va navegando muy bien.

Mi hermana con su abanico
sopla que sopla sobre él.
¡Muy buen viaje! ¡Muy buen viaje!,
buquecito de papel.

Amado Nervo.

LUNA BLANCA

La primer noche de luna
haremos ronda de niñas
para cantarle una letra
que me ha enseñado abuelita:

Luna blanca, luna llena,
¡ay!, luna de plata fina.
Se me ha muerto un hermanito
lindo como una estrellita;
se fué camino del cielo,
no sé si lo encontraría,
porque llevaba cerrados
los ojos con que veía.
Luna, si tú lo guiaras...
Luna, ¡cómo te querría!
Luna blanca, luna llena,
¡ay!, luna de plata fina.

Tomás Allende Iragorri.

LA RONDA DE LA LUNA

Luna, luna, luna:
mira nuestra ronda,
blanca como tú,
como tú redonda.

Luna, luna, luna:
¿juegas a la ronda?
¿Sabes la canción
de la infanta blonda?

¿Conoces la historia
de Caperucita?
Oye, niña Luna:
¿tienes madrecita?

Dile que esta noche
tú quieres jugar.
¡Baja, y con nosotros
ven pronto a cantar!

Gastón Figueira.

LUNA DE VERANO

Luna de verano,
redonda, redonda,
detrás de los talas
la luna se asoma.

Por el cielo sube
y en la noche sola
la luna se ríe,
blanca y luminosa.

Una liebre salta
por entre las frondas,
y llena de luna
el camino toma.

La liebre en la noche
galopa, galopa,
los árboles huyen,
negros en la sombra.

En una colina
se hace la boda
mientras llega a saltos
la liebre rabona.

Luna de verano,
regalo de bodas,
sobre el prado bailan
las liebres la ronda.

¡Bro, bro, bro!, un trueno
suena entre las sombras,
y todos escapan,
todos menos ella,
la luna, lunita redonda.

Fermín Estrella Gutiérrez.

A LA MANCHA

Por allá en la tardecita,
dentro del espacio azul,
están jugando a la mancha
diez mil bichitos de luz.

Como va siendo de noche
todos llevan un farol,
que apagan, para esconderse,
como diciendo: ¡a mí no!,
que encienden, para mostrarse,
como gritando: ¡aquí estoy!

Por allá en la tardecita,
dentro del espacio azul,
están jugando a la mancha
diez mil bichitos de luz.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

LOS POLLITOS

Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.

Va la gallina con los pollitos.
Son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.

Todo lo miran y picotean;
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los chicos más obedientes.

Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.

Fernán Silva Valdés.

LOS POLLOS DESOBEDIENTES

Somos los pollitos,
Vamos a jugar;
¡Qué grande es el mundo
Fuera del corral!
Mamá no quería
Dejarnos salir;
Siempre temerosa
Nos mandó a dormir.

(Con jactancia:)

Mas como nosotros
Somos grandecitos,
Bien puede mamita
Dejarnos solitos.

(Con picardía:)

Y así, sin permiso
Nos hemos venido.
¡Qué grande es el mundo,
Y qué divertido!

Pollito solo (con arrogancia):

Yo, que soy más grande,
Escapé primero,
Por una abertura
De este gallinero.

Todos:

Y después pasamos
Todos los demás,
Puesto que ninguno
Se ha quedado atrás.

(Vivísimo:)

¡Juguemos, cantemos,
Qué lindo es cantar!
¡Corramos, brinquemos,
Vamos a bailar!

(Se puede ejecutar una danza sencilla, pero muy alegre y desordenada.)

Uno chiquito (llorando):

¡Ay!, yo tengo miedo,
¡Ay!, yo tengo frío;
Yo no sé qué tengo
¡Pío, pío, pío!

Todos (despacio, haciéndolo callar):

Cállate, chiquito,
Que viene papá;
Por desobedientes
Nos castigará.

Gallo solo (altanero):

¿Quién hace ese ruido,
Y quién está ahí?
¿Con que son mis nenes?
¡Ki, ki, ri, kí!...

Gallina sola (curiosa):

¿Y quién el permiso
A ustedes les dió
De venir solitos,
Clo, clo, clo, clo, clo?

Pollitos (temerosos):

Uno: Yo no me acordaba...
Otro: Yo me había olvidado...
Otro: Y yo no sabía
Que esto era tan malo.

Gallo solo (autoritario):

Por desobedientes
Les voy a prohibir
Que jueguen mañana.
¡Ki, ki, ri, kí!

Gallina sola (maternal):

De hoy en adelante
Siempre al lado mío
Estarán mis nenes.

Pollitos (saliendo cabizbajos y llorosos):

¡Pío..., pío..., pío...!

IDA L. RÉBOLI.

EL SAPITO GLO GLO GLO

Nadie sabe dónde vive.
Nadie en la casa lo vió.
Pero todos escuchamos
al sapito: glo... glo... glo...

¿Vivirá en la chimenea?
¿Dónde diablos se escondió?
¿Dónde canta cuando llueve
el sapito Glo Glo Glo?

¿Vive acaso en la azotea?
¿Se ha metido en un rincón?
¿Está abajo de la cama?
¿Vive oculto en una flor?

Nadie sabe dónde vive.
Nadie en la casa lo vió.
Pero todos lo escuchamos
cuando llueve: glo... glo... glo...

José S. Tallon.

PAJARITO

PAJARITO que cantas
En mi ventana,
¿Qué vienes a decirme
Cada mañana?

Lo primero que escucho
Es tu pío, pío,
Fresco como las gotas
Hechas rocío.

Abro entonces los ojos.
Por el postigo
Se me cuela un rayito
De sol amigo.

Porque a ti y al rayito
Dios ha encargado
De despertar a todo
Lo que ha creado.

Dicen todos los libros
Que no hay perdón
Para un niño que sea
Muy remolón.

Pajarito que vienes
A mi ventana,
No dejes de cantarme
Cada mañana.

IDA L. RÉBOLI.

MI CABALLO

Yo tengo un caballo
veloz y ligero,
que corre lo mismo
que vuela el pampero.

Jamás tuve amigo
tan noble y tan franco;
sus lomos me ofrece
cual mullido banco.

Y al cruzar mis pagos
sobre sus espaldas,
se tornan sus pliegues
manto de esmeraldas.

Caballito mío,
noble compañero,
porque te conozco
por eso te quiero.

TEODORO PALACIOS.

LA RONDA DE LAS MARIPOSAS

(Las niñas de la ronda representan mariposas. En el centro, una niña, con los brazos abiertos, figura un rosal.)

Las mariposas: Mariposas somos.
Vamos al vergel
— a la rueda, rueda —
a buscar la miel.

Mariposas somos.
Busquemos la rosa
— a la rueda rueda —
más fresca y hermosa.

El rosal: Mis flores se abren
color de rubí.
Buenas mariposas,
venid hacia mí.

Las mariposas: A la rueda rueda,
vamos al rosal,
que las frescas rosas
su miel nos darán.

GASTÓN FIGUEIRA.

EL SEÑOR DON GATO

Estaba el señor Don Gato,
estaba el señor Don Gato
en silla de oro sentado,
miau, miau, mirrimiau,
en silla de oro sentado,
calzando medias de seda
y zapatito dorado,
cuando llegó la noticia
que había de ser casado
con una gatita parda,
hija de un gato romano.
El gato, con la alegría,
subió a bailar al tejado;
mas con un palo le dieron,
y rodando vino abajo.
Se rompió siete costillas
y la puntita del rabo.
Llamaron a los doctores,
médicos y cirujanos;
mataron siete gallinas
y le dieron de aquel caldo.

Le llevaron a enterrar
al pobrecito Don Gato,
y le llevaban en hombros
cuatro gatos colorados.
Sobre la cajita iban
siete ratones bailando
al ver que se había muerto
aquel enemigo malo.

(Anónimo.)

EL "COLA-BLANCA"

En mi caballo alazán
voy devorando el camino,
y en el cielo matutino
los teros vienen y van.

Mi caballo es cola-blanca,
lo ensillo todos los días,
y en las alboradas frías
le brilla de escarcha el anca.

Con él aparto la hacienda,
reviso los alambrados,
y a tranquitos descansados
voy cantando por la senda.

Y siempre de mañanita
cuando voy hasta el potrero,
mi caballo es el primero
que a sujetarlo me invita.

Mi caballo "Cola-Blanca"
es bueno y galopador;
con él el mundo es mejor.
¡Colita, Colita-Blanca!

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

DON RAMÓN Y SU MANÍA

El bueno de don Ramón
(un doctor de mucha ciencia)
tuvo la magna paciencia
de criar con biberón
a un gatito de Florencia
y a una rata de Tolón.

En alegre diversión
con ellos pasaba el rato,
y era su placer más grato
ver, lleno de admiración,
cómo en el lomo del gato
tomaba el sol el ratón.

Eran su preocupación:
cada día los limpiaba,
los pulía, los cuidaba...
y reía el muy simplón,
viendo al gato que jugaba
con la cola del ratón.

Y fué tanta la pasión
de su insólita manía,
que al ver enfermos un día
a su gato y su ratón,
se murió de apoplejía
el bueno de don Ramón.

MORALEJA

Si es que quieres vivir en tus cabales,
a ciertos irracionales
trata con moderación;
pero... te aconsejaría
no caer en la manía
del bueno de don Ramón.

JOSÉ MARÍA MARCEL.

LOS CHANCHITOS DESOBEDIENTES

Siete chanchitos desobedientes,
sin el permiso de su mamá,
una mañana muy tempranito
salieron juntos a pasear.

Cuando la vieja marrana vino
de comer hierbas en el corral,
a los chanchitos desobedientes
en el chiquero no encontró ya.

Muy afligida, los llamó a gritos,
y, temerosa de algo fatal,
a sus hijuelos, de calle en calle,
de plaza en plaza, se fué a buscar.

En tanto, alegres, los paseantes,
gozando estaban de libertad,
y unas dos horas vagaron solos
por las mil calles de la ciudad.

Un tocinero muy renombrado
desde su casa los vió pasar,
y al punto dijo: —¡Buenos chanchitos
para la pascua de Navidad!

Y dicho y hecho: para la noche,
de la ventana tras el cristal,
los siete chanchos muy adornados
en unos platos estaban ya.

Cuando la vieja marrana viólos,
contando siete, dijo: — Cabal:
¡siete eran ellos los pobrecitos!
Y, aunque marrana, se echó a llorar.

L. M. de Cuenca.

LA ARAÑA

La araña tejía su tela,
su tela de plata...

—¿Quién teje esa tela tan bella?—
pregunta una rata.

Y el loro, que todo lo observa,
que todo lo charla,

responde: —Señora: esa tela
la tejen las hadas.

—¡Qué manos! ¡Qué manos tan bellas
tendrán esas hadas!

—El hada que teje esa tela
araña se llama.

—La araña es un hada muy fea—
responde la rata.

El loro, indignado, contesta:
— Señora del alma:

¿qué importa, si la obra es perfecta,
que sea la araña

el hada que teje la tela,
la tela de plata?

MICAELA SASTRE.

EL HORNERO

La casita del hornero
Tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
Justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
El padre guarda la puerta,
Con su camisa entreabierta
Sobre su buche redondo.

Lleva siempre un poco viejo
Su traje aseado y sencillo,
Que, con tanto hacer ladrillo,
Se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
El gajo de un sauce añoso,
O en el poste rumoroso
Se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
Canta su gozo sincero.
Yo quisiera ser hornero
Y hacer mi choza cantando.

Así le sale bien todo,
Y así en su honrado desvelo,
Trabaja mirando el cielo
En el agua de su lodo.

Por fuera, la construcción
Como una cabeza crece,
Mientras, por dentro, parece
Un tosco y buen corazón.

Pues como su casa es centro
De todo amor y destreza,
La saca de su cabeza
Y el corazón pone adentro.

La trabaja en paja y barro,
Lindamente la trabaja,
Que en el barro y en la paja
Es arquitecto bizarro.

La casita del hornero
Tiene sala y tiene alcoba,
Y aunque en ella no hay escoba,
Limpia está con todo esmero.

Concluyó el hornero su horno,
Y con el último toque
Le deja áspero el revoque
Contra el frío y el bochorno.

Ya explora al vuelo el circuito,
Ya sobre la tierra lisa
Con tal fuerza y garbo pisa,
Que parece un martillito.

La choza se orea en tanto,
Esperando a su señora,
Que elegante y avizora,
Llena su humildad de encanto.

Y cuando acaba, jovial,
De arreglarla a su deseo,
Le pone con un gorjeo
Su vajilla de cristal.

LEOPOLDO LUGONES.

FLOR DE MADRESELVA

Una manecita
blanca y chiquitita:
cuatro dedos juntos,
solito el pulgar.
Mano de muñeca
perfumada y hueca,
flor de madreselva,
¿qué me quieres dar?...

Dame tu caricia;
dame la delicia
del ramito de hilos
que apretando estás;
manecita, deja
que sin ser abeja
beba yo la gota
que a la abeja das.

Dulce manecita
pálida y bonita;
¡flor de madreselva:
no te pido más!

Cecilia Borja.

LA CASA DE MUÑECAS

En un pequeño jardín,
junto a una verde palmera,
de cartón y de madera
hizo una casa Pedrín.

Bebé, su hermana más chica,
está afanosa a su lado,
pues quiere, todo acabado,
servir una cena rica.

Su blanca mano pasea
de la sala al comedor,
y hasta coloca una flor
en la empinada azotea.

La cocina es tan pequeña
que no cabe ni un pastel.
Con cabos de moscatel
Bebé prepara la leña.

— ¡Pronto! — le grita Pedrín, —
ya vienen los convidados:
Zaida, la de pies cuadrados,
y Don Din, el del flautín.

Los muñecos a la mesa
ya están listos, muy orondos;
suenan los platos redondos
y la rica cena empieza.

Fermín Estrella Gutiérrez.

ROMANCILLO

MARTINITA es como el oro,
Martinón como el carbón;
una rubia y un moreno:
Martinita y Martinón.

Enrulada Martinita,
y motoso Martinón;
en las motas es de noche
y en los rulos brilla el sol.

La misma banca en la escuela
ocupan siempre los dos,
muy juntas las cabecitas,
repasando la lección;

y la maestra no sabe
precisar cuál es mejor:
si el oro de Martinita
o el carbón de Martinón.

Pero al terminar las clases
salen ufanos los dos:
Martinón cubierto de oro,
Martinita, de carbón.

En los rulos anochece
y en las motas nace el sol.
En el oro se ha engastado
un diamante del carbón.

Y se internan en la vida,
como un solo corazón,
una rubia y un moreno:
Martinita y Martinón.

Pedro González Gastellú.

ROSAS

De tela blanca y rosada
tiene Rosa un delantal,
y a la margen de la puerta
casi, casi en el umbral,
un rosal de rosas blancas
y de rojas un rosal.

Una hermana tiene Rosa
que tres años besó abril,
y le piden rojas flores,
y la niña va al pensil,
y al rosal de rosas blancas
rosas blancas va a pedir.

Y esta hermana caprichosa,
que a las rosas nunca va,
cuando Rosa juega, y vuelve
en el juego el delantal,
si ve el blanco abraza a Rosa,
si ve el rojo da en llorar;

y si pasa, caprichosa,
por delante del rosal,
flores blancas pone a Rosa
en el blanco delantal.

José Martí.

LA ROSA ROSA DEL ALBA

Rosa blanca, rosa azul,
¿cuál es la que tú querrías?
—La rosa rosa del alba,
la rosa es que más querría:
morada como las moras,
como la luna de fría.

Tres días con sus tres noches
y tres noches con sus días
anduvo tras de la rosa,
la rosa morada y fría.

Ay, que siempre que partiera,
ay, que siempre que partía,
sobre el camino del alba
la rosa rosa pendía.
El rocío la endulzaba,
los gallos la encarecían.

¡Ay, rosa la más rosada,
la rosa del alba fría!

Jamás pudieron sus manos,
sus manos jamás podrían
cortar la rosa del alba
morada y humedecida,
pues siempre que iba llegando
andando noches y días,
sobre los campos de oro
ya danzaba el mediodía.

PEDRO JUAN VIGNALE.

INVITACIÓN A LA RONDA

HÁGASE la ronda, la ronda en la fronda,
¡cabellera blonda del sol en los pinos!
Suenen los panderos copleros caprinos,
copleros caprinos a ronda lironda
daránle compás.

Vino primavera, viajera agorera,
vino primavera la dama del sueño.
Trajeado de verde está el sueño risueño
¡risueño es el sueño que espera a la vera
la música azul!

Sea todo risa sumisa, en la brisa,
sea todo risa, no se oiga ni un lloro.
Dance locamente en el coro canoro,
dance locamente y de prisa la risa
la danza del sol.

Entre hasta la ronda el afligido infante,
el que nunca supo de un feliz instante,
metido en la casa, tras de opacas puertas,
oyendo el andar de las callejas muertas.

Entre hasta la ronda a dar también su grito,
tirar su pedrada, correr su cabrito.
Vístase de rojo la dama tristeza,
¡vístase de rojo de pies a cabeza!

Hágase la ronda, la ronda en la fronda,
¡cabellera blonda del sol en los pinos!
Suenen los panderos copleros caprinos.
Copleros caprinos a ronda lironda
daránle compás.

PEDRO JUAN VIGNALE.

LA CAMPANITA

ALEGRE como alondra madrugadora,
locuela como pluma que viene y va,
yo soy la campanita que da la hora:
¡Din-dan!... ¡Din-dan!...

Yo soy la que te digo: "Niño, despierta;
mi toque de oraciones te arrullará."
Yo soy la que en las fiestas repica a vuelo:
¡Din-dan!... ¡Din-dan!...

Yo soy la que te digo: "Niño, despierta;
despierta, que los libros te aguardan ya;
el sol de la mañana dora tu puerta."
¡Din-dan!... ¡Din-dan!...

Suspensa entre la tierra y el infinito,
yo sueño toda dicha, todo pesar;
yo soy quien a las almas a orar invito.
¡Din-dan!... ¡Din-dan!...

AMADO NERVO.

ARAÑITA VERDE

Arañita verde, arañita verde,
Que no trae fortuna,
Con el lomo blanco como si tuviera
Un rayo de luna.

Arañita verde, arañita verde,
Color de esperanza,
Y que sin embargo tiende hilos arteros
Como la venganza.

Arañita verde, arañita verde,
Que no trae suerte,
Que entre los rosales teje capullitos
Para darles muerte.

Arañita verde, arañita verde,
Yo cierro mi puerta,
Para que no entres en mi corazón
Y me dejes muerta.

Ida L. Réboli.

PERICO

Se dice que el loro repite el sonido
y de las palabras no sabe el sentido;
que el fósforo falta en su pobre magín;
que es duro y cuadrado como un adoquín;

pero yo sostengo, de modo rotundo,
que el loro es el bicho más sabio del mundo,
y hasta es bastante más inteligente
que alguna... que mucha... que toda la gente!

Tengo en casa uno de lo que no hay
(me lo trajo un tío que fué al Paraguay);
si cuento sus gracias tengo para rato,
pero en un momento les haré el retrato:

Su traje es lujoso, color cardenillo;
la voz, muy sonora, los ojos con brillo;
tiene como ganchos los dedos y el pico,
y, naturalmente, se llama "Perico".

Si al desayunarme no le doy tostada,
grita: "Patroncito: ¿para mí no hay nada?..."
Y si me despido sin enviarle un beso,
dice: "¿Qué te pasa que te vas tan tieso?..."

Si doy mis lecciones alto y de memoria,
Perico me imita con gracia notoria,
y mamá nos grita: "¡Cállense, por Dios!;
que en vez de un lorito ya tenemos dos."

Perico es afable, cortés y oportuno,
y tiene una frase para cada uno:
dice a las visitas: "¿Qué tal...? ¿Cómo va?",
y a los cobradores: "El patrón no está."

Recorre la casa del zaguán al fondo,
luciendo, arrogante, su pasito orondo;
charla, llora, ríe, canta canzonetas,
se cuelga del aro y hace piruetas.

...Y con esto basta, según mi opinión,
para que comprendan con cuánta razón
dije: "que es bastante más inteligente
que alguna... que mucha... que toda la gente!"

CECILIA BORJA.

EL GALLO

Yo soy el gallo! Cuando aparece la luz del día
tras las montañas, que envuelve un velo de
[azul turquí,
con alegría
lanzo a los aires mi sonoroso Quiquiriquí!

Yo digo a todos: llegó la aurora
con sus diamantes y su arrebol;
allá en el monte las cumbres dora
la luz del sol.

Luzco mi cresta cual amapola
de un rojo ardiente de carmesí,
y de mi cola
como esmeraldas brillan las plumas. ¡Quiquiriquí!

De la pereza soy enemigo,
y a todos digo:
sed como yo;
radia la aurora;
de levantarse llegó la hora,
la hora precisa de ir al trabajo también llegó.

Cien años vive quien se levanta
con el gallito madrugador,
que alegre canta
y el sueño vela del labrador.

Soy el monarca del gallinero
y, altivo y fiero,
si alguien me obliga corro a luchar.
Mis espolones
vime obligado cien ocasiones
en recias lides a ensangrentar!

Luzco mi cresta de un rojo vivo, cual amapola
que en las campiñas incendia el sol,
y de mi cola,
como un penacho, brillan las plumas de tornasol.

De la pereza soy enemigo,
y a todos digo:
¡miradme a mí!
Llegó la aurora,
sonó la hora...
¡Yo soy el gallo! ¡Quiquiriquí!...

LUIS J. JIMÉNEZ.

LA FIESTA DE MIRRINGA MIRRONGA

MIRRINGA Mirronga, la gata candonga,
va a dar un convite, jugando escondite,
y quiere que todos los gatos y gatas
no almuercen ratones ni cenen con ratas.

"A ver, mis anteojos, y pluma y tintero
y vamos poniendo las cartas primero.
Que vengan las Fuñas y las Fanfurriñas,
y Ñoño y Marroño y Tompo y las niñas.

"Ahora veamos qué tal de alacena.
Hay pollo y pescado, ¡la cosa está buena!
Y hay tortas y bollos, y carne sin grasa.
¡Qué amable señora la dueña de casa!

"Venid mis michitos, Mirrín y Mirrón,
id volando al cuarto de mamá Fogón
por ocho escudillas y cuatro bandejas
que no estén rajadas, ni rotas, ni viejas.

"Venid mis michitos, Mirrón y Mirrín,
traed la canasta y el dindirindín,
y zape, ¡al mercado!, que faltan lechugas,
y nabos y coles y arroz y tortugas.

"Decid a mi amita que tengo visita;
que no venga a verme, no sea que se enferme;
que mañana mismo devuelvo sus platos
que agradezco mucho y están muy baratos.

"Cuidado, gatitas, si el suelo me embarran;
que quiten el polvo, que frieguen, que barran;
las flores, la mesa, la sopa..."
¡Tilín!...

Llegaron en coche ya entrada la noche
señores y damas, con muchas zalamas,
en grande uniforme, de cola y de guante,
con cuellos muy tiesos y frac elegante.

Al cerrar la puerta, Mirriña, la tuerta,
en una cabriola se mordió la cola,
mas olió el tocino y dijo: "¡Miau! ¡Miau!
¡Este es un banquete de pipiripau!..."

Con muy buenos modos sentáronse todos;
tomaron la sopa y alzaron la copa;
el pescado frito estaba exquisito
y el pavo sin hueso era un embeleso.

De todo les brinda Mirringa Mirronga:
"¿Les sirvo pechuga?" "Como usted disponga;
¿y yo a usted pescado que es tan delicado?"
"Pues tanto le peta, no gaste etiqueta.

Repita sin miedo." Y él dice: "Concedo";
mas, ¡ay!, que una espina se le atasca, indina,
y Ñoña, la hermosa, que es habilidosa,
metiéndole el fuelle le dice: "Resuelle."

Mirriña la cuca le golpeó en la nuca,
y pasó al instante la espina del diantre.
Sirvieron los postres y luego el café,
y empezó la danza bailando un minué.

Hubo vals, lanceros y polka y mazurka,
y Tompo, que estaba con máxima turca,
enreda en las uñas el traje de Ñoña
y ambos van al suelo y ella se desmoña.

Maullaron de risa todos los danzantes
y siguió el jaleo más alegre que antes;
y gritó Mirringa: "¡Ya cerré la puerta!
¡Mientras no amanezca ninguno deserta!"

Pero, ¡qué desgracia!, entró doña Engracia
y armó un gatuperio un poquito serio,
dándoles chorizos de don Pegadizo
para que hagan cenas con tortas ajenas.

RAFAEL POMBO.

LA POBRE VIEJECITA

ÉRASE una viejecita
sin nadita que comer
sino carne, fruta, dulces,
tortas, huevos, pan y pez.

Bebía caldo, chocolate,
leche, vino, té y café,
y la pobre no encontraba
qué comer ni qué beber.

Y esta vieja no tenía
ni un ranchito en que vivir,
fuera de una casa grande
con su huerta y su jardín.

Nadie, nadie la cuidaba
sino Andrés y Juan y Gil
y ocho criadas y dos pajes
de librea y corbatín.

Nunca tuvo en qué sentarse
sino sillas y sofás
con banquitos y cojines
y resorte al espaldar.

Ni otra cama que una grande
más dorada que un altar,
con colchón de blanda pluma,
mucha seda y mucho holán.

Y esta pobre viejecita
cada año, hasta su fin,
tuvo un año más de vieja
y uno menos que vivir.

Y al mirarse en el espejo
le espantaba siempre allí
otra vieja de antiparras,
papalina y peluquín.

Y esta pobre viejecita
no tenía qué vestir
sino trajes de mil cortes
y de telas mil y mil.

Y a no ser por sus zapatos,
chanclas, botas y escarpín,
descalcita por el suelo
anduviera la infeliz.

Apetito nunca tuvo
acabando de comer,
ni gozó salud completa
cuando no se hallaba bien.

Se murió de mal de arrugas,
ya encorvada como un 3,
y jamás volvió a quejarse
ni de hambre ni de sed.

Y esta pobre viejecita
al morir no dejó más
que onzas, joyas, tierras, casas,
ocho gatos y un turpial.

Duerma en paz, y Dios permita
que logremos disfrutar
las pobrezas de esta pobre
y morir del mismo mal.

RAFAEL POMBO.

LA CARIDAD

Dad al pobre, dad al pobre
paz, consuelo, alivio, pan!
¡Que recobre
la esperanza y la alegría
con la ayuda que le dan!

A las manos bondadosas
desde el cielo Dios envía
el perfume de las rosas
de la eterna Alejandría.

Dad limosna al que se agita
por crüel miseria opreso;
a la triste cieguecita
¡dadle un beso!

Damas bellas y adorables
que vivís entre esplendores:
¡a las niñas miserables
dadles pan y dadles flores!

Bondadosas y discretas,
dad un beso al pobre niño.
¡Dios bendiga,
Dios bendiga las violetas
que se arrancan del corpiño
para darse a la mendiga!

Si a los tristes dais consuelo,
sensitivos corazones,
¡tendréis alas en el cielo
y en la tierra bendiciones!

RUBÉN DARÍO.

SOL DE LA MAÑANA...

Sol de la mañana,
gloria del invierno.
Por la acera de oro
se aproxima el ciego.

Blanco tiene el iris
de sus ojos, blanco.
Sus pies se resisten,
tantean sus manos.

Junto a mi ventana
se detiene el viejo.
— Cante alguna cosa,
cieguito coplero.

— *Sol del caminante,*
lumbre de los pobres...
— Ya sé el consonante;
recoja esos cobres.

Por la acera de oro
se encamina el ciego.
Sol de la mañana,
gloria del invierno.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

¿EN DÓNDE TEJEMOS LA RONDA?

En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen
las piedras del mundo cantar!

¿La haremos mejor en el bosque?
Él va voz y voz a mezclar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita:
la iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!

GABRIELA MISTRAL.

CAPERUCITA

Una voz:

Soy Caperucita;
me perdí en el bosque...
Buscando la casa
se vino la noche.

Estrellitas lindas:
¿me diréis en dónde
hallaré la senda
que a mi casa torne?

Amigo castaño:
¿por qué no respondes?...
¿Dónde está la casa
de mis padres, dónde?

Soy Caperucita;
me perdí en el bosque...
¡Los lobos hambrientos
vendrán esta noche!

El coro de las estrellas:

Duérmete, Caperucita,
que tu sueño velaremos,
y entretanto en torno tuyo
nuestra ronda tejeremos.

Ahuyentamos a las fieras
de este bosque; y a los lobos
ya no temas, buena niña,
porque se han marchado todos.

Todo duerme en este bosque;
ya no arrulla la paloma;
los polluelos ya no pían;
sólo danza nuestra ronda.

Una voz:

Soy Caperucita;
me perdí en el bosque,
y a la sombra oscura
me dormí de un roble.

¿Todo lo que veo
será sueño entonces?
¿Un hermoso sueño
que tuve en la noche?

El coro:

No es sueño, buena niña,
lo que ves en torno tuyo,
es la ronda de los astros
que a mecerte bajó al mundo.

Tú también, Caperucita,
sin temor has de formar
esta ronda, y en la noche
con nosotras danzarás.

CLODOMIRO DE CABOTEAU.

PRIMAVERA

Vuelven a cantar sus trinos
las aves bajo el alero,
y a parlotear en las frondas,
y a tejer nidos diversos.

Y reverdecen los campos,
y florece el duraznero,
y vuelan las blancas nubes
bajo el claro azul del cielo.

Ya se acabaron los fríos,
los días grises y lentos;
las largas noches medrosas
se fueron con el invierno.

Hoy el himno de la vida
canta todo el universo,
y yo canto la alegría
que se desborda en mi pecho.

P. Oscar Tolosa.

LA CANCIÓN DEL BOSQUE

Hoy cantaban los pinares
una canción singular;
eran voces misteriosas
que jamás podré olvidar.

— Pino amigo, mi buen pino:
Blanca Nieve ¿dónde está?
— Hoy pasó por el camino
fatigada de llorar.

— Mariposa, mariposa:
Blanca Nieve ¿volverá?
— La madrastra la persigue,
porque es linda por demás.

— Margarita, margarita:
Blanca Nieve ¿morirá?
— Los siete enanos del bosque
más que bien la albergarán.

— Pajarillo, pajarillo:
Blanca Nieve ¿es libre ya?
— La madrastra se ha enterado
de que vive y volverá.

— Arroyito: a Blanca Nieve
¿qué noticias le darás?
— Su madrastra con engaños
¡ay! matarla intentará.

— Viento, viento: ¿por qué gimes?
¿Blanca Nieve ha muerto ya?
— Su madrastra, la malvada,
su designio cumplirá.

— Todo el bosque llora y tiembla
como bajo un vendaval.
— Es que Blanca Nieve ha muerto
y la llevan a enterrar.

— Estrellita voladora:
¿ya no la veremos más?
— Sé de un príncipe encantado
que la va a desencantar.

Iban los siete enanitos
llorando a todo llorar.
En una caja de plata
la llevaban a enterrar.

De pronto llegó al galope
el real príncipe Bondad;
a su presencia, vencido
quedó el conjuro fatal.

¡Cómo cantaron los pinos
en su lengua familiar!
¡Blanca Nieve ya está libre;
Blanca Nieve es feliz ya!

JULIA BUSTOS.

CANCIÓN DE LA MOLINERA

Era muy blanca, muy blanca era
Rosa María, la molinera.
Blanca, ¡muy blanca! Blanco es el día:
Más blanca era Rosa María.
Como la luna sobre los lirios,
Como los hombres en los martirios,
Como los nardos y la azucena,
Como la cera de la colmena...
Blanca, muy blanca, muy blanca y fina,
Como la nieve, como la harina...

Blanca, lo mismo que el astro fino
Que se encendía sobre el molino,
Como la espuma que la lechera
Vertía en jarros, y la primera
Lana muy suave que los corderos
Dejan perdida por los senderos...
¡Luna en la nieve! ¡Mármol y luna!
Ella era blanca como ninguna...

Vióla la reina, y quedó envidiosa
De una blancura tan primorosa;
Y dijo a un brujo: "¡Mata a María!
Que oscurece mi paz y mi día."

Matóla el brujo; cavó una fosa,
Y dentro puso la blanca rosa.
Pasaron años detrás del día
En que muriera Rosa María.

Iba un trovero por un camino
Y halló una planta grande de lino,
Y oyó una suave voz plañidera:
"Era muy blanca la molinera;
Ahora de muerta se ha vuelto lino;
Hagan con ella un gran lienzo fino."

Dijo el trovero a los campesinos
Lo que se hallara por los caminos,
Y todos juntos, de aquella planta
Un lienzo hicieron, ¡blancura tanta!,
Que viendo aquello, la reina mala
Quiso tenerlo como una gala;
Pero dos días después moría;
¡Con él bajaba a la fosa fría!

Diz que vengóse desta manera
Rosa María, la molinera.

María Alicia Domínguez.

CUENTO

MARGARITA: está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy a contar
un cuento...

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes,

un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vió una estrella aparecer;
la princesa era traviesa,
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: "¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?"

La princesa no mentía.
Y así dijo la verdad:
"Fuí a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad."

Y el rey clama: "¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
¡El Señor se va a enojar!"

Y dice ella: "No hubo intento;
yo me fuí no sé por qué;
por las olas y en el viento
fuí a la estrella y la corté."

Y el papá dice enojado:
"Un castigo has de tener:
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora a devolver."

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonrïendo el buen Jesús.

Y así dice: "En mis campiñas
esa rosa le ofrecí;
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí."

Viste el rey ropas brillantes
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

RUBÉN DARÍO.

GATO EMBOTADO

Gato Embotado viene y va,
con una mano en la cintura,
con el sombrero
de mosquetero
donde una larga pluma oscura
hace que no y hace que sí.
Por un sendero de alelí
Gato Embotado viene y va;
¿qué pensará?; ¿quién lo sabrá?

Gato Embotado viene y va;
¿pensando en qué?; ¿quién lo sabrá?
En toda Francia
no hay arrogancia
como la "dél"; cuando el acero
saca a brillar, fuerte y ligero,
hasta las ranas, a su paso,
se echan al agua, por si acaso.
Gato Embotado viene y va,
y lo que piensa Dios sabrá.

Gato Embotado viene y va.
Caperucita cruza el prado.
— ¡Eh!, por aquí nadie ha pasado
sin enseñarme lo tapado:
¡Señora, presto
vuelque su cesto!
— Gato Embotado, buen amigo,
llevo quesillo y pan de trigo.
— Gato Embotado lo verá.

Caperucita abrió el cestillo;
ni pan llevaba ni quesillo;
pero ligero y asustado
salió corriendo un ratoncillo.
Gato Embotado se ha arrojado
y a cuatro patas va tras "dél";
por un ratón perdió el sombrero,
su guante inglés, con él su acero;
y no perdió su buen corcel
porque él usaba andar a pie
por la razón no sé por qué.

ENRIQUE BANCHS.

EPIGRAMAS

Paco Peco, chico rico,
insultaba como un loco
a su tío Federico,
y éste dijo: —Poco a poco,
Paco Peco, poco pico.

***

Miguel Mela, con cautela,
su mala mula inmoló,
y dijo Juan, que esto vió:
—¡Mala mula inmola Mela!

***

Manuel Micho, por capricho
mecha la carne de macho,
y ayer decía un borracho:
—¡Mucho macho mecha Micho!

Vital Aza.

MADRE MÍA

Al dormirme tranquilo en la noche,
¿Quién, amante, mi frente acaricia?
¿Quién me da de mañana sus besos?
Tú, madre mía.

¿Quién alienta, afanosa, mis pasos?
¿Quién, con voz de ternura exquisita,
mis errores de niño corrige?
Tú, madre mía.

¿Quién con todos es dulce y es buena?
¿Quién al triste acompaña en sus cuitas?
¿Quién me infunde el amor de los hombres?
Tú, madre mía.

Cuando el tiempo tu rostro marchite
y tu voz y tus fuerzas se extingan,
¿quién por ti velará cuidadoso?
Yo, madre mía.

Rodolfo Menéndez.

OBRERITO

MADRE: cuando sea grande
¡ay, qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos
como el viento alza el trigal.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal,
o si fundiré los bronces,
los que son eternidad.

¡Qué hermosa casa ha de hacerte
tu niñito, tu titán,
y qué sombra tan amante
el alero te va a dar!

Yo te regaré una huerta,
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas:
pura miel y suavidad.

O, mejor, te haré tapices,
y la juncia he de trenzar;
o, mejor, tendré un molino,
el que canta y hace el pan.

¡Ay!, qué alegre tu hombrecito
en la fragua va a cantar,
o en la rueda del molino
o en las jarcias en el mar.

Cuenta, cuenta las ventanas
que estas manos abrirán;
cuenta, cuenta las gavillas
si las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina
me enseñaste tú a crear,
y me diste en tus canciones
todo el valle y todo el mar...)

¡Ay, qué hermoso niño el tuyo,
que jugando te pondrá
en lo alto de las parvas
y en las olas del trigal!...

GABRIELA MISTRAL.

LA MADRE

Su amor es como un ángel que nos cuida
mientras rondan los males en acecho;
¡con todos los cariños de la vida
su cariño está hecho!

La bondad de sus ojos resplandece
como rayo de sol o luz de luna,
y es tanta esa bondad que no hay ninguna
palabra que la exprese.

Atenta siempre a los menores ruidos,
en la alta noche, sin posar la frente,
suele velar callada y largamente
por sus hijos dormidos...

Y aunque pase la noche desvelada,
trabajará durante todo el día
sin descanso, sin tregua... ¡Se diría
que nunca está cansada!

Y así en los menesteres más prolijos
no descansan sus manos un momento;
ni un segundo fugaz su pensamiento
se aparta de los hijos.

¿Cómo recompensar este desvelo?
¿Cómo expresar la gratitud debida
por ese amor que pone en nuestra vida
toda la luz del cielo?

Para ello la palabra es pobre y fría,
pero en cambio la acción es justa y bella;
¡nuestra madre nos pide que por ella
nos hagamos más buenos cada día!

GUILLERMO SARAVÍ.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CONSEJO MATERNAL

VEN para acá — me dijo dulcemente
mi madre cierto día
(aun parece que escucho en el ambiente,
de su voz la celeste melodía); —

"ven y dime qué causas tan extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío.

"Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿no sabes que la madre más sencilla
sabe leer en el alma de sus hijos
como tú en la cartilla?

"¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
que con un par de besos en la frente
disiparé las nubes de tu cielo."

Yo prorrumpí a llorar. "— Nada — le dije; —
la causa de mis lágrimas ignoro;
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón, y lloro!..."

Ella inclinó la frente, pensativa;
se turbó su pupila,
y enjugando sus ojos y los míos,
me dijo más tranquila:

"— Llama siempre a tu madre cuando sufras,
que vendrá muerta o viva:
si está en el mundo, a compartir tus penas,
y si no, a consolarte desde Arriba!"

Y lo hago así cuando la suerte ruda,
como hoy, perturba de mi hogar la calma;
invoco el nombre de la madre amada
y entonces siento que se ensancha el alma.

Olegario Víctor Andrade.

EL BURRO FLAUTISTA

ESTA fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse a olerla
el dicho animal,
y dió un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

—¡Oh! — dijo el borrico: —
¡qué bien sé tocar!;
¿y dirán que es mala
la música asnal?

Sin reglas del arte,
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.

IRIARTE.

LA CALUMNIA

Puede una gota de lodo
sobre un diamante caer;
puede también, de ese modo,
su fulgor oscurecer.

Pero aunque el diamante todo
se encuentre de fango lleno,
el valor que lo hace bueno
no perderá ni un instante,
y ha de ser siempre diamante
por más que lo manche el cieno.

RUBÉN DARÍO.

LA MANO IZQUIERDA Y LA DERECHA

Aunque la gente se aturda,
diré, sin citar la fecha,
lo que la Mano Derecha
le dijo un día a la Zurda.

Y por si alguno creyó
que no hay Derecha con labia,
diré también lo que sabia
la Zurda le contestó.

Es, pues, del caso que un día,
viéndose la Mano Diestra
en todo lista y maestra,
a la Izquierda reprendía:

— Veo — exclamó con ahinco —
que nunca vales dos bledos,
pues teniendo cinco dedos,
siempre eres torpe en los cinco.

"Nunca puedo conseguir
verte coser y bordar;
¡tú, una aguja manejar?,
lo mismito que escribir.

"Eres lerda, y no me gruñas,
pues no puedes, aunque quieras,
ni aun manejar las tijeras
para cortarme las uñas.

"Yo en tanto las corto a ti,
y tú en ello te complaces,
pues todo lo que no haces,
carga siempre sobre mí.

"¿Dirásme, por Belcebú,
en qué demonios consista
el que siendo yo tan lista
seas torpe siempre tú?"

— Mi aptitud — dijo la Izquierda, —
siempre a la tuya ha igualado;
pero a ti te han educado,
y a mí me han criado lerda.

"¿De qué me sirve tener
aptitud para mi oficio,
si no tengo el ejercicio
que la hace desenvolver?"

La Izquierda tuvo razón
porque, lectores, no es cuento:
¿De qué servirá el talento
si os falta la educación?

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE.

A UN CABALLO DE CALESITAS

¡Pobre caballito
de las calesitas!
Tapados los ojos,
entre claras risas,
al son de una música,
¡qué cansado giras!...

Tu dueño implacable
dejarte podría
pegar unos brincos
por esas campiñas,
bajo el sol de fuego
de las romerías.

¡Pobre caballito
que giras y giras!

¿Qué hacen esos otros
de actitud bravía,
de crines revueltas,
de orejas erguidas,

nevados y negros,
bayos y con pintas,
de doradas riendas
y gualdrapas finas?
Lucirse orgullosos
con sus cargas lindas
de bucles castaños
y rosas mejillas...

En seco detente,
de rabia relincha,
no hagas caso al látigo
que en tu grupa silba,
ni a la frase dura,
ni a la musiquilla
a que por costumbre
lentamente giras...

Dile al empresario
te licencie un día
y una buena máquina
tome tus fatigas.
¡Dile que los niños
no se enojarían!

FERNÁNDEZ MORENO.

AL CABALLO DE LA CALESITA

Pobre caballito de la calesita,
que al compás de un tango viejo y rezongón
das vueltas y vueltas — los ojos vendados —
acaso soñando tu liberación...

Acaso soñando con campos enormes,
con cielos azules, con amplio alfalfar,
con pampas inmensas sin trabas ni alambres
donde libremente poder galopar...

Caballito bueno: si yo fuera rico
de tu dueño malo te rescataría,
y abiertos los ojos, sin vendas ni engaños,
por el caminito que quieras te irías...

Roberto Valenti.

CAPERUCITA

Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en dónde está?
— Al viejo bosque se fué por leña,
por leña seca para amasar.

— Caperucita, di, ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?
— Tras ella todos al bosque han ido,
pero ninguno se la encontró.

— Decidme, niño, ¿qué es lo que pasa?,
¿por qué esos llantos?, ¿por qué esos gritos?
¿Caperucita no regresó?
— Sólo trajeron sus zapatitos...
¡Dicen que un lobo se la comió!

Francisco Villaespesa.

BLANCA NIEVE

ANDA en los huertos descalza y sin ropa,
en la alborada temblando de frío
la princesita, cogiendo rocío
entre sus manos en forma de copa.

Viste una tela que vale un tesoro,
y en el fulgente sopor de la siesta
va a perseguir por la verde floresta
las mariposas de luz y de oro.

Entre esculturas de mármol y plata,
todas las noches su albor se retrata
en el blancor de la clara laguna.

Y, como rosas de níveos rosales,
va recogiendo brazadas de luna
en la blancura de los delantales.

FRANCISCO VILLAESPESA.

CENICIENTA

LEVEMENTE, suavemente te presiento,
como un vago pensamiento
que se siente y no se ve.
Cenicienta, ¿dónde has ido?
En mis manos sólo queda
— oro y seda —
un jirón de tu vestido
y la leve zapatilla de tu pie...
¿Dónde fuiste, sombra..., bruma...,
flor de espuma?
Y el silencio me responde:
¡No sé dónde
para siempre ya se fué!

FRANCISCO VILLAESPESA.

PULGARCITO

Pulgarcito, Pulgarcito,
préstame tus grandes botas:
quiero recorrer el mundo,
todo el mundo, en una hora.

Milagroso Pulgarcito,
tus botas de siete leguas
me llevarán en un sueño
a las más lejanas tierras.

Me llevarán a la India,
me llevarán al Japón,
y a los países de nieve
y a los países de sol.

Veré a los niños que juegan
en las tierras más distintas.
Veré el sol de medianoche
y las tropicales islas.

He de comer ricas frutas
de Europa, de Asia y de América:
chirimoyas, piñas, plátanos,
naranjas, manzanas, fresas...

De bellas flores cubiertos
veré los prados de Holanda.
Haré muñecos de nieve
en la fría Escandinavia.

Jugaré con niños indios
de los bosques y los llanos;
y con sus arcos y flechas
cazaré vistosos pájaros.

Traeré loros, colibríes,
perlas, nácar, amatistas.
Traeré las pupilas llenás
de mil visiones magníficas.

Y cuando haya retornado
al país en que nací,
me diré: — En ninguna parte
soy dichoso como aquí.

***

Por esta noche tan sólo
(y en secreto te lo pido),
préstame tus grandes botas,
Pulgarcito, Pulgarcito.

GASTÓN FIGUEIRA.

ASAMBLEA DE JUGUETES

Bien recibida la idea
del monito desenvuelto,
los juguetes han resuelto
realizar una asamblea.

El niño, desde su cama,
ve cómo el monito aquel
agitando un cascabel
a sus compañeros llama.

Y crece su admiración
contemplando al elefante,
que con su trompa ondulante
preside aquella sesión.

El apuesto mosquetero
de la capa colorada,
puesta la mano en la espada,
dice con gesto altanero:

"Camaradas: bien sabemos
lo que hace nuestro amigo.
¡Eso merece un castigo!
¡Nosotros se lo daremos!

"Causa enojos a la madre
por un capricho cualquiera.
Trata con mala manera
la solicitud del padre.

"No comprende los halagos
con que llegan a rodearlo.
Son ellos, al regalarlo,
los eternos Reyes Magos.

"Esto no puede seguir.
Hay que darle una lección.
Escuchen con atención
lo que les voy a decir:

"Debemos tener a menos
estar en su compañía.
Llevemos nuestra alegría
a niños que sean buenos.

"Propongo que nos vayamos
en este mismo momento.
Le servirá de escarmiento
el ver que lo abandonamos."

"¡Muy bien!" — exclama el monito.
"¡Muy bien! ¡Es un niño malo!" —
dice un muñeco de palo,
hermano de Piñoncito.

"¡Muy bien!" — dicen con aplomo
un «clown», un gato y un loro.
"¡Muy bien!" — exclaman en coro
cien soldaditos de plomo.

Y el mosquetero arrogante
sigue: "¡Estamos de acuerdo!
Sin dejarle ni un recuerdo,
compañeros, ¡adelante!"

Frente al severo conjuro,
que todos van admitiendo,
uno a uno van saliendo
con paso firme y seguro.

Está el pequeño asombrado
por lo que ha visto y oído,
y al notar que ya se ha ido
hasta el último soldado,

sufre cual si mil arietes
lo estuvieran destrozando,
y se despierta gritando:
"¡Mis juguetes! ¡Mis juguetes!"

Mas sus ojos doloridos
encuentran pronto el consuelo:
todos están en el suelo
profundamente dormidos.

Al verse de nuevo dueño
de sus muchas maravillas,
dice, puesto de rodillas:
"¡Gracias a Dios que fué un sueño!

"Para pedirle perdón,
a mamá voy a llamar;
lo que acabo de soñar
me ha servido de lección."

Mas la madre, presurosa,
que oyó llorar a su niño,
llega llena de cariño,
afligida y anhelosa.

Y junto al materno seno,
aquél dice sollozante:
"¡Mamita, desde este instante,
voy a ser un chico bueno!"

José Constenla.

LA GATITA MUERTA

Por qué tan triste la muchachita?
¿Por qué los goces del juego evita?
¿Por qué se oculta, y en un rincón,
el más sombrío de estancia aislada,
llora solita y acurrucada,
como paloma sin su pichón?

¿Perdió su rorro grande, que dice
papá? ¿La ausencia de Berenice,
su dulce amiga, le causa afán?
¿Sufrió el regaño de adusta abuela,
o sufre, acaso, porque a la escuela
mañana mismo la llevarán?

¡Ay! Es que ha muerto su hermosa gata,
cuyo bigote, púas de plata,
cien y cien veces acarició;
la de albo pelo, mayar sonoro,
ojos muy verdes, veteados de oro,
la *remonona* que tanto amó!

Por eso pena la muchachita,
por eso el goce del juego evita,
odia el bullicio, y en un rincón,
el más sombrío de estancia aislada,
llora solita y acurrucada
como paloma sin su pichón.

AMADO NERVO.

TITYL Y MITYL

Por el bosque temido y lejano,
una rubia mañana de abril,
charlatanes, la mano en la mano,
corretean Tityl y Mityl.

Luce el bosque reciente aderezo,
tiembla el alma del fruto en el gajo,
y proclama, ya en flor, un cerezo,
que es primero el placer que el trabajo.

La sonrisa de la primavera
coquetea en el bosque florido,
y por él va Mityl, cual si fuera
un arrullo escapado de un nido.

Impetuosa y audaz atropella
madreselvas y lianas y abrojos,
y más serio, Tityl va tras ella
con un beso dormido en los ojos.

Mas de pronto una bruja, que hiede
a petróleo y azufre, lo atrapa,
y espantado Tityl sólo puede
gritar: — ¡Corre, Mityl; pronto, escapa!

Mityl vuelve los ojos, y cuando
ve a la bruja, su pánico es tal
que no logra correr, y temblando
se acurruca detrás de un rosal.

Y Tityl ve con loca alegría
que por más que la bruja buscara
en el mismo rosal, no podría
distinguir de las rosas su cara.

Y la bruja se va a su cabaña;
echa al pobre Tityl a un rincón,
y fabrica, soplando una caña,
una pompa con agua y jabón.

Toma el alma del niño y la encierra
en la leve prisión rosicler,
pues el alma es lo solo en la tierra
que las brujas no pueden comer.

Ya en el horno, con cárdeno brillo,
un gran fuego de encinas retoza;
ya prepara la bruja el cuchillo,
cuando irrumpe Mityl en la choza.

Y tomando la leve burbuja
huye por la mañana de abril.
¡Cuán furiosa se pone la bruja,
cuán ligera dispara Mityl!

En su loco terror atropella
madreselvas y lianas y abrojos;
pero todo es en vano: tras ella,
con dos ígneos carbunclos por ojos,

va la bruja de patas de cabra,
va la bruja montada en el viento,
fea como una mala palabra
y tenaz como un mal pensamiento.

Pero entonces los silfos y gnomos
así gritan: "¡Atrás!; ¡que se vuelva
esa bruja, o verá si es que somos
o no dueños del aire y la selva!"

Mas la bruja prosigue. Ya alcanza
a la niña de bucles de oro,
y medita una horrible venganza,
cuando silfos y gnomos en coro:

"— ¡Que a su cuello la hiedra se enrosque,
que las lianas le amarren las piernas!"
Sus mandatos se cumplen, y el bosque
entreabre sus negras cavernas,

y en la cueva más triste y más honda
cae atada la pérfida bruja.
Mientras, danzan los gnomos en ronda;
y estallando a su vez la burbuja,

aparece Tityl bueno y sano,
un poquito asustado no más.
Ya los niños, la mano en la mano,
van dejando el gran bosque detrás.

¡Cuán hermosa se ve la campiña!
Él oprime la mano de ella,
y en el alma de luz de la niña
hay sutiles temblores de estrella.

JORGE OBLIGADO.

EL MARTILLO

Tan... tin...
Mueven los fuelles con el balancín.
Pin... pan...
Rojas de fuego las fraguas están.

El hierro suena y el hierro siente...
Y si a la fragua se entrega luego,
El hierro sale todo de fuego
Como una fuerza pura y ardiente.

Canta tu canto de forjador...
Negra es la mina, negro el taller:
Como la vida, como el dolor,
¡Como el destino que has de vencer!

Tan... tin...
Vuelan las notas del canto sin fin.
Tin... tan...
Pasan las horas que no volverán...

Suena el martillo, saltan las chispas
Bajo los músculos del forjador.
Cruzan las sombras áureas avispas,
Moja la frente santo sudor.

Fibras del hierro que se moldea,
Almas ardidas de un noble afán,
Que a golpes mágicos labra la idea
Y entre las almas vibrando van.

Pan... pin...
Mueve los pechos un sano trajín.
Pin... pan...
Truenan los golpes como un huracán.

Todo lo puedes, buen forjador;
Con tu martillo fuerte y sonoro
Bates el hierro con más amor
Que si el lingote fuese de oro.

Es el presente de un don sagrado
Que sobre el yunque viene a parar.
¡Forja la lámina para el arado,
Mas no la espada para matar!

Tin... ton...
Hinchan los fuelles su rudo pulmón.
Pin... pan...
¡Y rojas de fuego las fraguas están!

ERNESTO MARIO BARREDA.

EL PASTORCITO

Con su palo y con su perro
saca el niño las ovejas,
y van detrás del cencerro
las jóvenes y las viejas.

Los cándidos corderitos,
como una espuma cardada,
llenan de saltos y gritos
la ruta de la majada.

Y el niño y el perro llevándola van...
y uno se retrasa y otro se adelanta.
Y uno *galopín*, y otro *galopán*,
y el perro que ladra y el niño que canta.

Los pájaros campesinos
saludan a la mañana
con un concierto de trinos
que aturden como una diana.

Y el niño con su trajín
cruza prados, salta sotos:
vagabundo querubín,
con los pantalones rotos!

Y bajo los álamos, que sombra les dan,
mientras la majada se esparce contenta,
resuena el cencerro, *dindón* y *dindán*,
y el perro se tira y el niño se sienta.

Juega el viento entre el ramaje,
zumba la mosca en su vuelo,
cruza una nube de viaje
bajo la quietud del cielo.

El niño canta su copla
de donaires y de quejas,
y el perro mira y resopla
sacudiendo las orejas.

Y parten la opípara merienda de pan.
Corren en la grama, duermen en la siesta.
Y vuelven al fin, *galopín, galopán,*
cuando ya la tarde se viste de fiesta...

ERNESTO MARIO BARREDA.

TRISCA EL CABRITILLO

TRISCA el cabritillo
por el prado en flor.
(Oigo tu cuchillo,
sacrificador.)

¡Corre, trepa, escapa,
que llega y te atrapa!

Sueña la paloma
sobre rama en flor.
(Tu escopeta asoma,
pillo cazador.)

¡Parte, vuela, escapa,
que llega y te atrapa!

Mariposa, juegas
cercando la flor.
(Tu malla despliegas,
coleccionador.)

¡Vuela, sube, escapa,
que llega y te atrapa!

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

CARAPACHAY

Alzada la bella proa,
el agua en sus flancos riza,
y rápida se desliza
como un cisne mi canoa.

Los sauces, la cabellera
sumergida entre las ondas,
alzan murallas de frondas
en una y otra ribera.

En lechos de algas, mecidos
por una brisa indolente,
al paso de la corriente
tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
el árbol al lado mío,
porque ha empezado el estío
a deshojar su corona.

A veces, furtiva, lanza
un destello a la pupila
una luz que tiembla, oscila
y se extingue en lontananza.

Y a veces lejano suena
un rumor, que hasta el oído
llega claro, difundido
en la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado
de algún remo que voltea,
ya es el ave que aletea
entre el ramaje callado.

La noche está transparente,
tibia, vestida de gala,
y mi canoa resbala
sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo
de la madre ante la cuna,
está mirando la luna
el paisaje desde el cielo.

MARTÍN CORONADO.

EL PINO VERDE

Verde pino, verde pino,
vengo a tu sombra a jugar;
a la orilla del camino
quiero una acequia formar.

El agua, agüita de plata,
pronto correrá hasta aquí,
y una dulce serenata
dirá sólo para mí.

Verde pino, verde pino,
¡qué hermosa y dulce canción!;
los pájaros del camino
están en tu corazón.

Al alba, pino de oro,
verde en el atardecer,
de noche — blanco tesoro —
de plata pareces ser.

Verde pino, verde pino,
los gnomos te cuidarán,
y las ranas del camino
de noche te dormirán.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

BALADA DE LA LUNA EN EL PINO

La luna estaba en un pino,
rosa en el cielo violeta...
Hoy viene en una carreta,
muerto y sin rumor, el pino...

¿Vendrá la luna en el pino?

Sobre el polvo del camino,
¡oh, qué frescura violeta!
¡Cómo gime la carreta
por el morado camino!

¿Vendrá la luna en el pino?

¡Cuán blandamente va el pino
rozando el suelo violeta!
Llanto verde la carreta
llora, del verdor del pino...

¿Vendrá la luna en el pino?

¿Dónde está el lirio divino
de aquel naciente violeta?
¿Lleva, rosa la carreta,
como un esplendor divino?

¿Vendrá la luna en el pino?

La luna estaba en un pino;
hoy viene en una carreta,
muerto y sin rumor, el pino...

¿Vendrá la luna en el pino?

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

LA MUERTE DEL ARBOL

El viejo tronco bajo el hacha cae
del leñador indiferente. Yerto,
sin flores ni ramaje, ya el concierto
de los pájaros músicos no atrae.

El jugo de la tierra ya no extrae,
y al comparar su ayer de hojas cubierto
con su presente escuálido de muerte,
¡cuánta tristeza al pensamiento trae!

Puede al hombre aun ser útil; hecho leña,
de sus inviernos suavizar el frío,
o convertido en barca ribereña

de una orilla llevarle a otra del río,
y hasta servirle de mortuoria caja
al mismo leñador que lo desgaja...

EMILIO BOBADILLA.

PLANTEMOS EL ÁRBOL

Abramos la tierra, plantemos el árbol;
será nuestro amigo y aquí crecerá,
y un día vendremos buscando su abrigo
y flores y frutas y sombra dará.

El cielo benigno dé riego a su planta,
el sol de septiembre le dé su calor,
la tierra su jugo dará a sus raíces
y tengan sus hojas verdura y frescor.

Plantemos el árbol, el árbol amigo;
sus ramas frondosas aquí extenderá,
y un día vendremos buscando sus flores
y sombras y frutas y flores dará.

Enrique E. Rivarola.

EL NIDO AUSENTE

Sólo ha quedado en la rama
un poco de paja mustia
y, en la arboleda, la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
no halla tregua a su dolor,
y se para en cada gajo
preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
ya pía por el camino,
donde deja en el espino
su blanda lana la oveja.

Pobre pájaro afligido
que sólo sabe cantar
y, cantando, llora el nido
que ya nunca ha de encontrar.

LEOPOLDO LUGONES.

EL PÁJARO HERIDO

Asomó la cabeza entre la fronda
para iniciar su vuelo matutino,
pero aquel niño hirióle con la honda,
y fué a caer, el pájaro, al camino.

Aleteaba en el pasto. Al descubrirme
se picoteó la herida sobre el pecho.
El ser alado parecía decirme
con su mirada: "¡Mira qué me han hecho!"

Cuando, a la noche, habíame dormido
entre las mantas del humilde lecho,
¡cruzó en mi sueño el pajarito herido
con la cabeza triste sobre el pecho!

FRANCISCO ISERNIA.

EL CANTO DEL ZORZAL

¡Qué lindo y claro es el canto
del zorzal!
¡Está mojado en el agua
fresquita del Paraná!
Brota, brota y se sostiene
como un acorde de viento
obstinado en el juncal.

Se afina en no sé qué frondas
fresquísimas de las islas;
es un fluir y es un cesar;
cuando se empieza a escucharlo
ya... no está.

Su nombre es un roce de agua
y de viento en un cristal.

¡Qué lindo y claro es el canto
del zorzal!

¡El que lo escucha una vez
nunca lo puede olvidar!

María Alicia Domínguez.

EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina
sollozando al occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina;
y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
que, en tibia noche de luna,
en solitaria laguna
para la sombra su vuelo;
que allí se ensancha, y un velo
va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando
por singular beneficio
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada
y, al envolverla en su manto,
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.

Cuando, en las siestas de estío,
las brillazones remedan
vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río,
mudo, abismado y sombrío,
baja un jinete la falda
tinta de bella esmeralda,
llega a las márgenes solas...
¡y hunde su potro en las olas
con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos
y, alzando en vez de sus cantos
una oración de ternura,
al persignarse murmura:
"¡El alma del viejo Santos!"

Yo, que en la tierra he nacido
donde ese genio ha cantado,
y el pampero he respirado
que al payador ha nutrido,
beso este suelo querido
que a mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega
la convicción de que es mía
la patria de Echeverría,
¡la tierra de Santos Vega!

RAFAEL OBLIGADO.

LAS DOS ESPIGAS

Cuentan que una rubia espiga,
humilde al par que discreta,
inclinaba blandamente
sobre el tallo su cabeza.

Y cuentan que al lado suyo
levantaba la soberbia
otra espiga a quien el aura
besaba amorosa y tierna.

—¡Hola! —con acento altivo
preguntó a su compañera, —
¿por qué humilláis vuestra frente
con mal fingida modestia?

"Aprended de mí, que, osada,
domino como una reina
sobre la plebe de espigas
que en el campo me rodea.

"Su calor me da el estío,
y el aura de la pradera,
como un beso de las flores,
me trae el perfume de ellas.

"En tanto vos, abatida,
dobláis la frente, que emblema
parece del sentimiento
cuando no de la impotencia."

— ¡Callad! — replicó la otra; —
si alzáis la cabeza inquieta,
mientras que inclino la mía
hacia mi madre, la Tierra,

"abrumada por un peso
que no sostiene la vuestra,
es porque rica de trigo
estoy, y vos estáis seca."

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

LA CANCIÓN DE LA PAZ

DUERMEN los niños en sus cunas,
las buenas madres velando están.
¡Duermen los niños! ¡Sueñan los niños!
Esa es la paz.

Cantan los niños en la escuela,
vuela en los aires coro jovial.
¡Cantan los niños! ¡Juegan los niños!
Esa es la paz.

El sol fecunda las campiñas,
los sembradores sembrando van;
grandes cosechas colman el mundo:
Esa es la paz.

A la distancia, en la llanura,
se eleva el himno del hogar;
vuelan en torno las golondrinas:
Esa es la paz.

Diez mil navíos en las dársenas,
diez mil navíos van a zarpar;
por el mar vienen diez mil navíos:
Esa es la paz.

Por los caminos, en tumulto,
los campesinos vienen y van;
pasan cantando los campesinos:
Esa es la paz.

Vibra la vida en las metrópolis,
destruye y crea sin cesar.
¡Vibra la vida! ¡Vibra la vida!
Esa es la paz.

Y en las aldeas y ciudades,
y en las montañas y en las campañas,
ninguno falta, todos están:
¡están los viejos y están los jóvenes,
están los hijos y están las madres!
Esa es la paz.

MARIO BRAVO.

EL CEDRO

Yo con mis propios brazos cavé el pozo.
Yo con mis propias manos planté el cedro.

Y pasarán los años y los años,
Siempre tendrá la planta gajos nuevos.

Y pasarán los años y los años
Y el cedro sin cesar irá creciendo.

Y pasarán los años y los años
Y el cedro estará aun joven y yo viejo.

Y en la paz del hogar, si lo consigo,
Al familiar amparo del alero,
En mi chochez ingenua de hombre anciano
Contaré sin reposo el mismo cuento:
"Yo con mis propios brazos cavé el pozo."
"Yo con mis propias manos planté el cedro."

Y pasarán los años y los años
Y "alguien" quizás repita en su recuerdo:
"Él" con sus propios brazos cavó el pozo;
"Él" con sus propias manos plantó el cedro.

MARIO BRAVO.

COQUENA

Cazando vicuñas anduve en los cerros.
Heridas de bala se escaparon dos.
— No caces vicuñas con arma de fuego;
Coquena se enoja — me dijo un pastor. —

"¿Por qué no pillarlas a la usanza vieja,
cercando la hoyada con hilo punzó?
¿Para qué matarlas, si sólo codicias
para tus vestidos el fino vellón?

"No caces vicuñas con arma de fuego;
Coquena las venga; te lo digo yo.
¿No viste en las mansas pupilas oscuras
brillar la serena mirada del dios?"

— ¿Tú viste a Coquena?
—Yo nunca lo vide
pero sí mi *agüelo* — repuso el pastor; —
una vez oíle silbar solamente,
y en unos telares, como a la oración.

"Coquena es enano; de vicuña lleva
sombrero, escarpines, casaca y calzón;
gasta diminutas ojotas de duende,
y diz que es de cholo la cara del dios.

"De todo ganado que pace en los cerros
Coquena es oculto, celoso pastor.
Si ves a lo lejos moverse las tropas,
es porque, invisible, las arrea el dios."

JUAN CARLOS DÁVALOS.

EL DUENDE

Es — dijo el indio viejo de barbas de chivato,
empezando la historia con su habitual recato —
un hombre petisito, sombrerudo y lampiño,
forzudo como un toro, travieso como un niño.

Oculta en los bolsillos de su casaca enana
una mano de plomo y otra mano de lana.
Pregunta a quien le halla cuál es la que prefiere,
y si elegís de lana, con la de plomo os hiere.

Él hace en la cocina que rebalse la olla;
él aumenta en el tulpo la dosis de cebolla.

De acuerdo con el gato, su compadre y amigo,
echa pelos en la leche, se revuelca en el trigo;
a medianoche muele maíz en el mortero,
encabrita la jaca y aventa el avispero.

A la hora de la siesta, cuando el sol reverbera,
se aparece a los chicos debajo de la higuera;
a jugar les convida con palabras cordiales,
y en la frente les deja tremendos cardenales.

El sábado a la noche ronda la pulpería,
y aporrea a los ebrios con pesada porfía;
se enanca en el caballo, les hurta los pellones,
y el pan de las alforjas lo trueca por carbones.

El duende es el demonio del mal, que muerde y pasa,
el que pudre los huevos, el que apedrea la casa.
Toda molestia viene de su maligna influencia,
y un solo medio existe para burlar su ciencia:

se sabe — acabó el viejo de barbas de chivato —
que el duende es un espíritu que tiene gran olfato;
para ahuyentarlo es bueno, me decía mi abuela,
cargar en los bolsillos algo que mucho huela.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

LA FIESTA DE MEDIANOCHE

Un claro en la selva. Nadie lo conoce.)
La fiesta empezaba después de las doce.
Los árboles todos fingían dormir...
Ni un leve murmullo se dejaba oír.
De pronto los grillos trajeron su orquesta
para que pudiese comenzar la fiesta,
y entonces surgieron con animación
borrosas siluetas de cada rincón,
que allá entre las sombras saltaban de goce,
pensando en la fiesta que empieza a las doce.

La señal la dieron tres rayos de luna,
que asomaron juntos cerca de la una,
cuando comenzaban a desesperar
los que, ya llegados, querían bailar.
Entonces, ¡qué hermoso conjunto formaron
los gansos solemnes que al cielo clamaron,
las rubias luciérnagas, el torpe avestruz,
y aquellas gacelas de ojazos de luz,
danzando, embriagados de amor y de luna,
en medio del bosque, después de la una!

El topo, que siempre se asoma a las dos,
filósofo ciego que medita en Dios,
salió aquella noche de su madriguera
algo más temprano por ser primavera,
y dijo enojado: "¿Qué sucede aquí?
Es impertinente divertirse así..."
Pero como nadie quiso hacerle caso,
volvióse a su cueva rumiando el fracaso,
mientras los danzantes, del amor en pos,
seguían bailando después de las dos...

Un poco más tarde, cerca de las tres,
llegaron el buho y el gato montés,
ambos aburridos, eternos noctámbulos.
Estaban las danzas en pleno furor
y el bosque era un caos de luna y amor,
cuando de improviso, todos, asustados,
huyeron por montes y valles y prados...

¿Qué fué? Que un gallito, burlón, descortés,
al sol de las cuatro... ¡lo anunció a las tres!

SUSANA CALANDRELLI.

EL JUMENTO MURMURADOR

Señor: es fuerza que la sangre corra
— dijo al león, solícita, la zorra; —
sin cesar, el estúpido jumento
de ti murmura con furor violento.

— ¡Bah! — respondió la generosa fiera; —
déjale que rebuzne cuanto quiera.
Pecho se necesita bien mezquino
para sentir injurias de pollino.

Juan E. Hartzenbusch.

VISITA DE CUMPLIDO

La Marquesa del Tomillo?
— Sí, señoras.
— ¿Está en casa?
— Sí, señoras.
— Sentiremos
muchísimo molestarla...
— Pasen ustedes...
— ¿Por dónde?
— Por esta puerta. A la sala.
¿A quién anuncio?
— A su amiga
la señora de Tinajas
con las niñas.
— Está bien.
Siéntense ustedes.
— Mil gracias.
.....
— ¡Oh señoras!
— ¡Oh Marquesa!
— ¡Tanto gusto en saludarlas!
¿Qué tal?

— Bien, ¿y usted?
— Muy bien.
— ¿Y las niñas?
— Muy bien, gracias.
— ¡Qué monas están! ¡Qué monas!
— Marquesa...
— Pero ¡qué guapas!
— Es favor que usted les hace.
— (¡Qué espantajo de muchachas!)
¡Cuánto agradezco que ustedes
vengan a honrar esta casa!
— ¡Oh, no, Marquesa! Nosotras
somos aquí las honradas.
— ¡Eso no! ¡De ningún modo!
— Muchas gracias.
— Muchas gracias.
(Un momento de silencio.)
— ¿Qué tal el señor Tinajas?
— Gracias. Muy bueno. En la Bolsa.
— ¡Ah, vamos!
— Ése se pasa
la vida allí.
— Se comprende.
(Otro momento de pausa.)
— ¿Han visto ustedes qué tiempo?
— ¡Qué calor!
— ¡Si no se aguanta!
— ¡Es una cosa terrible!
— ¡Es una cosa que aplana!
(Otra pausa. La Marquesa
se impacienta en la butaca.)

— Señora, con su permiso...
— ¡Cómo! ¿Tan pronto se marchan?
— Tenemos otras visitas...
— Les agradezco en el alma...
Tantas cosas al esposo.
— Gracias.
— Niñas... ¡Abre, Juana!
— ¡Oh, no se moleste usted!
— No es molestia.
— Adiós, muchacha.
— Que no me olviden ustedes.
Ya pasaré a visitarlas.
— Cuando usted guste, Marquesa;
retírese usted. ¡No salga!
— ¡Adiós!
— ¡Adiós!
— ¡Adiós, niñas!
— Muchas gracias.
— Muchas gracias.
(¡Esta familia me aburre!)
— (¡Esta Marquesa me carga!)

VITAL AZA.

¡ANDA! ¡ANDA!

TRISTE camina el mancebo;
triste camina el galán
por la intrincada vereda
del solitario olivar...

¿Qué inmenso dolor anubla
su mustia y cálida faz?
¿Qué tiene? ¿Por qué suspira?
¿A quién busca? ¿A dónde va...?

Cruza el río; sube al monte;
baja al llano sin tardar;
salta, animoso, un torrente
con pasmosa agilidad;

se interna en el bosque umbrío;
llega a la orilla del mar,
cruza la arenosa playa
con vertiginoso afán,
siempre corriendo, corriendo,
sin volver la vista atrás...

Llega la noche... Resuena
pavorosa tempestad.
Cae a torrentes la lluvia...
Ruge fiero el vendaval...

Mas nada detiene el paso
del angustiado galán...
Nadie sabe por qué llora,
qué tiene y a dónde va,
y él, triste, sigue corriendo
y corriendo sin cesar...

¡Caracoles con el hombre!
¡Ni Zabala corre más!
El que quiera, que le siga,
que a mí me ha cansado ya;

y como yo en este asunto
no tengo curiosidad,
vaya el galán donde quiera,
que a mí lo mismo me da.

VITAL AZA.

MANTAN TIRU LIRU LÁ

Te nos fuiste para siempre,
para no volver jamás.

Te nos fuiste para siempre...
Fué la muerte tan cordial
que tu vida delicada
se quebró como un cristal.

En los cirios que te alumbran
seis estrellas arden ya,
que han venido a señalarte
el camino celestial:
¡te pondrán de guardacielo,
Mantan tiru liru lá!

Te nos fuiste para siempre,
para no volver jamás.

La campana de la escuela
vanamente llamará
con sus dedos invisibles
de mañana, en tu cristal:
¡Muy buen día, Su Señoría,
Mantan tiru liru lá!

Y los chicos de la rueda
cuando vuelvan a jugar
en las noches de verano,
tu canción recordarán.
Tú estarás de guardacielo;
todo el cielo guardarás.
¡Ese oficio te agradaba,
Mantan tiru liru lá!

LUIS CANÉ.

ROMANCES DE LA NIÑA NEGRA

I

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en la puerta de su casa
estaba la niña negra.

Un erguido moño blanco
decoraba su cabeza;
collares de cuentas rojas
al cuello le daban vueltas.

Las otras niñas del barrio
jugaban en la vereda;
las otras niñas del barrio
nunca jugaban con ella.

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en un silencio sin lágrimas
lloraba la niña negra.

II

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en su féretro de pino
reposa la niña negra.

A la presencia de Dios
un ángel blanco la lleva;
la niña negra no sabe
si ha de estar triste o contenta.

Dios la mira dulcemente,
le acaricia la cabeza,
y un lindo par de alas blancas
a sus espaldas sujeta.

Los dientes de mazamorra
brillan a la niña negra.
Dios llama a todos los ángeles,
y dice: ¡Jugad con ella!

LUIS CANÉ.

MAMBORETÁ

Así la llaman todos los chicos de Palermo.
Es la risa del barrio con su rostro feúcho
y su andar azorado de animalito enfermo.
Tiene apenas diez años, pero ha sufrido mucho.

Los domingos, temprano, de regreso de misa,
la encuentran los muchachos vendedores de diarios,
y en seguida comienza la jarana, la risa,
y las zafadurías de los más perdularios.

Como cuando le gritan su apodo no responde,
la corren, la rodean, y "*Mamboretá*, ¿en dónde
está Dios?", le preguntan los muchachos traviesos.

Mamboretá suspira, y si es que alguno insiste:
— "¿Dónde está Dios?" — le mira mansamente con esos
sus ojos pensativos de animalito triste.

II

Una viuda sin hijos la sacó de la cuna;
y alguien dice, con mucha razón, que lo hizo adrede,
de bruja, de perversa no más, pues le da una
vida tan arrastrada, que ni contar se puede.

Mamboretá trabaja desde por la mañana;
sin embargo, no falta quienes la llamen floja;
la viuda, sobre todo, la trata de haragana,
y si está con la luna, de cuanto se le antoja:

—¡La inútil, la abriboca, la horrible, la tolola!...
Mamboretá no ha oído todavía una sola
palabra de cariño. ¡Pobre *Mamboretá!*

Todo el mundo le grita, todos la manosean,
y las mujeres mismas a veces la golpean...
¡Ah, cómo se conoce que no tiene mamá!

EVARISTO CARRIEGO.

EL ALA AZUL

Como el pájaro que canta
sin razón de vanidad,
mi canción, por mi garganta,
como el pájaro que canta,
se desgrana en humildad!

Como el agua de la fuente,
con igual sinceridad,
de mi pecho, que es clemente,
como el agua de la fuente,
brota, pura, la piedad!

Como flor que el aire aroma
y al vergel da su beldad,
si el dolor a mi alma asoma,
como flor que el aire aroma
se deshoja en caridad!

Como luz que da su llama
sin saber que es claridad,
si a mi fe la duda llama,
como luz que da su llama
resplandece en santidad.

Como el mar las playas besa,
con igual ingenuidad,
en mi amor por la belleza,
como el mar las playas besa,
mi pasión es castidad.

Y al igual que flor y fuente,
mar, luz, pájaro, en verdad,
sin intento, dulcemente,
mi ala azul roza tu frente
con idéntica bondad.

MARY REGA MOLINA.

EL MOLINERO

El molinero de Dios
está cerniendo su harina.
¡Cómo es de blanca, mi Dios!
¡Cómo es de blanca y de fina!

¡Cuánta harina en el sendero,
en la montaña y la selva!
¡Dale, mi buen molinero;
que harina todo se vuelva!

Finos copos, leves ramos
Dios a los vientos entrega.
¡Vengan a ver y corramos
a llenar nuestra talega!

Todo el valle está nevado;
nevado el río también,
y nevado el desolado
monte de chirca y caldén.

¡Que no se encuentre el sendero!
¡Que no se oiga nuestra voz!
¡Dale, dale, molinero
de los molinos de Dios!

ALFREDO R. BUFANO.

BALADA DE LA NIEVE

La nieve era una doncella
que se estaba por casar;
una doncella donosa,
alegre y triste a la par.

Ya la doncella se viste
su traje de lino albar;
las flores del limonero
la doncella luce ya.

Un anillo de marfil
sueña en su largo anular,
y una cruz de ágata blanca
sobre el pecho de vestal.

II

Llega en eso un caballero
jinete en recio alazán,
un caballero de luto,
de alucinado mirar.

III

"¡Doncella, la más donosa,
triste nueva os vengo a dar!
¡Con la Muerte se ha casado
quien con vos se iba a casar!
¡No aguarde, pues, la doncella
a quien nunca ha de tornar!"

IV

Murió de pena la niña
después de mucho llorar.
Y vestidita de novia
se fué al cielo a descansar.

Y desde allí, la doncella,
que aun no deja de penar,
cuando el recuerdo la envuelve,
echa a la tierra a volar
las flores de los naranjos
que aroman la Eternidad.

ALFREDO R. BUFANO.

EL SOL Y EL POLVO

Alzándose en furioso torbellino
eclipsó el polvo al sol,
y gritóle por mofa: "¡Astro divino!
¿Dónde estás? ¿Qué te hiciste?..."
Y su camino
siguió en silencio el sol.

Y cesó el huracán; y tornó al cieno
el polvo vil; y en el azul sereno,
de gloria y pompa lleno,
siguió en silencio el sol.

Rafael Pombo.

LA LLUVIA NO DICE NADA

Mientras muere el día,
llueve.
Es una agonía
breve.
La ciudad se queda abrumada
con la tristeza de la hora.
La lluvia no dice nada,
y llora.

Ciérranse puertas y vidrieras,
huye la gente
como de un mal, por las aceras;
y un hombre mira, indiferente.

La lluvia parece cansada
cual un rosal que se desflora;
no dice nada, nada, nada,
y llora...

Viene mandada por el río,
soltando besos de frescura;
deshace en gotas el envío
para que alcance su ternura.
Pero al sentirse rechazada
se vuelve un poco más sonora:
va a hablar... y al fin, no dice nada,
y llora...

La lluvia tiene algo de loca:
gime un recuerdo de canción;
todo la irrita, en todo choca
su vagorosa obstinación.
Ve la ciudad atormentada,
y la campiña verde añora;
no dice nada,
y llora...

¿Mira en el pueblo tanta pena
que no hace más que lagrimear?
¿O forma un lienzo, de tan buena,
porque nos quiere consolar?
¿Es que se sabe desdeñada,
y que su inútil fin deplora?
No dice nada, nada, nada,
y llora...

Sobre el muerto día,
llueve
una melodía
leve.
La ciudad se queda encantada
bajo una luz que se evapora...
La lluvia no dice nada,
y llora...

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

LA VERBENA BLANCA

La verbena blanca
¿dónde se hallará?
Por cerros y valles
la quiero buscar.

Dicen que es el alma
de la soledad
y tiene un aroma
de luna y de paz.

La verbena blanca
¿dónde se hallará?
El viento y la abeja
tal vez lo sabrán.

Iré a los palacios
de la soledad,
donde nadie humilla
la hierba estival.

Mis precipitados
latidos dirán
al aire sereno
mi amoroso afán.

Y el aire aromado
de luna y de paz
me abrirá las puertas
de la soledad.

Nevada de estrellas,
con traje nupcial,
la verbena blanca
me recibirá...

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

DOÑA PRIMAVERA

Doña Primavera
viste que es primor
de blanco, tal como
limonero en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por carabanas
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¿Cómo va a entenderlas
entre sus jazmines?

De la tierra enferma
en las hondas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes,
prende sus verduras
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera,
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:

rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de abnegación.

GABRIELA MISTRAL.

PRIMAVERA, SE AGRADECE

A primavera trasciende
el aire de esta mañana.
El sol caprichoso enciende
los vidrios de mi ventana.

Deleite de los sentidos,
la huerta, el campo, la casa,
cercos y tiestos floridos:
todo pasa..., todo pasa...

Llorando desolación,
las ramas ayer desnudas
daban con mi corazón
notas sombrías y rudas.

¡Hoy cuánta alegre dulzura
al sosiego nos alienta!
El árbol que al fin murmura
y el musgo suave que tienta.

¡Delicia del aire fino
que entra en el alma y la llena!
¡Gloria del mágico trino
que dulcifica una pena!

Belleza mi canto mece
y apaga mi voz dolida.
Primavera, se agradece
que así nos llenes la vida.

María Luisa Carnelli.

FIESTA

Hoy el campo está de fiesta.
La Primavera impoluta
ha de llevar la batuta
de la orquesta.

Ya se puede suponer
que la rama directriz
es de un almendro feliz
que acaba de florecer.

Violín será el estornino;
la calandria, violoncelo
que ha estudiado en el divino
conservatorio del cielo.

La guitarra es la cigarra,
el consonante lo obliga;
pues no puede ser guitarra
ni el escorpión ni la hormiga.

El provecto moscardón,
como arriba, como abajo,
es por la misma razón
acordeón o contrabajo.

El zorzal es ocarina.
¡Es buen músico el zorzal!
Solamente desafina
cuando ha descansado mal.

Dulce crótalo la rana;
el sesudo sapo, címbalo;
para tal empresa nímbalo
su experiencia musulmana.

El serrucho es la cotorra,
pues su voz no es de trompeta.
Flautín es la pizpireta
pipitorra.

La cantante dominguera
hermana del moscardón,
hará mejor que cualquiera
su papel de saxofón.

Manchas verdes, áureas, rojas,
¿qué hará el niño picaflor?
¡No hay elemento mejor
para dar vuelta las hojas!

Cuando el sol su azul candil
apague al anochecer,
la luciérnaga ha de ser
lamparilla en cada atril.

Y, para dicha mayor,
que así no más no se halla,
su luz tiene una pantalla
que suaviza el resplandor.

Ya vienen las lindas flores
invitadas a la fiesta.
Ensaya un trozo la orquesta
de los "maestros cantores".

Se hace un silencio sagrado.
¡Envuelta en diáfano velo,
por el camino del cielo
la Primavera ha llegado!

La orquesta aguarda. Ella sube
a la tarima de rosa.
¡Y una onda melodiosa
se eleva trocada en nube!

ALFREDO R. BUFANO.

LA GUACHA

El hada de las flores. — Coro de violetas. — Coro de margaritas. — Un pastorcito. (Paraje solitario.)

El Hada. — ¡Venid, céfiros volantes!
¡Venid, auras rumorosas!
Venid, fuerzas palpitantes,
y en los seres y en las cosas
nuevo, vago movimiento
engendrad y nuevo aliento.
Tibio soplo de honda vida
se dilate y se difunda
por la tierra endurecida.
Vida armónica y jocunda.
Cada grano de simiente
bajo la tierra reviente;
que los troncos y ramajes
se revistan de follajes,
y cuando el sol ilumine
el mundo con sus colores,
nueva belleza le anime
recubriéndose de flores...

Mas... ¿qué ruido — indefinido —
en la floresta he sentido?

Las Margaritas (aparecen lentamente):

Somos las blancas margaritas,
hijas del aire que bendice Dios,
blancas estrellas del verde prado
nacidas al beso de un rayo de sol.
De un rayo de sol...

Las Violetas (aparecen lentamente):

Dicen que nuestra corola
humilde, sombría y breve como es,
embalsama con suaves perfumes
al aire que pasa...; mas yo nada sé.
Mas yo nada sé...

El pastorcillo (adentro). — ¡Guachita!
El Hada. — ¿Quién llama?
Pastor (más cerca). — ¡Guachita!...
Violetas. — ¿Qué implora?
Pastor (aun más cerca). — ¡¡Guachita!!...

Margaritas. — ¿Quién llora? ¿Quién grita?

Pastor (entra corriendo). — ¿No has visto, señora,
mi blanca guachita?
Hermosa y blanca como blanca nieve,
en mi mano comía
con su hociquito breve,
y el son del caramillo conocía.
Cuando yo la llamaba
de un dulce modo a mi llamar balaba:
¡Beh! ¡Beh! ¡Beh!!!
¿Dónde, ingrata, te fuiste, desafiando
sangriento lobo, en misteriosa noche?
¡Ya más no beberás en clara fuente!
¡Ya más no pastarás menudos tréboles!
Tras de ti va mi llanto,
y siguiendo tus pasos va la muerte...

Las margaritas. — Seca tus lágrimas, niño;
vuelva a tu pecho el contento;
hace apenas un momento
hemos visto tu guachita...

Las violetas. — Seca tus lágrimas, niño;
junto al cerezo florido,
di, ¿no sientes un balido?
Corre, corre; es tu guachita...

Margaritas y violetas. — ¡Cómo corre! ¡Cómo grita!

Pastor (volviendo con una guachita):
— ¡Oh, qué alegría, qué contento llena
este mi pecho que agitó la pena!
Con cuánta maravilla
el cielo resplandece y el sol brilla...

Todos. — ¡Con cuánta maravilla
el cielo resplandece y el sol brilla!
En la rama se encarama
la rebelde enredadera,
y sus flores de campana
anuncian la primavera!
El gran sol entre las nubes
pinta coros de querubes,
y la tierra ardiente y ruda
reverente lo saluda.

ARTURO SAMUEL DREW.

BALADA DE DOÑA RATA

Doña Rata salió de paseo
por los prados que esmalta el estío;
son sus ojos tan viejos, tan viejos,
que no puede encontrar el camino.

Demandóle a una flor de los campos:
— Guíame hasta el lugar en que vivo.
Mas la flor no podía guiarla
con los pies en la tierra cautivos.

Sola va por los campos, perdida;
ya la noche la envuelve en su frío,
ya se moja su traje de lana
con las gotas del fresco rocío.

A las ranas que halló en una charca
Doña Rata pregunta el camino,
mas las ranas no saben que exista
nada más que su canto y su limo.

A buscarla salieron los gnomos
— que los gnomos son buenos amigos. —
En la mano luciérnagas llevan
para ver en la noche el camino.

Doña Rata regresa trotando
entre luces y barbas de lino.
¡Qué feliz dormirá cuando llegue
a las pajas doradas del nido!

CONRADO NALÉ ROXLO.

LA LUZ Y LA SOMBRA

Yo soy la primer mirada
que el Sol a la tierra envía,
y produzco la alegría
al despuntar la alborada.

Asomo en el horizonte,
mi destello difundiendo,
y ya me están sonriendo
el agua, el llano y el monte.

Yo tiño de azul el cielo,
yo arrebolo los espacios,
yo recamo de topacios
de la blanca nube el velo.

De la mar en las espumas
yo brillo en la madrugada,
como una pluma rosada
entre blanquísimas plumas.

Yo me sé descomponer
en mil variados colores,
que dan su tinte a las flores
y su brillo al rosicler.

Soy hermana del Calor
que fecunda la natura,
e hija del Sol que madura
la espiga del labrador.

Soy la antorcha sideral
que la creación ilumina;
soy la sonrisa pristina
del mismo Dios inmortal.

— Con atención escuché
tu apología orgullosa;
ahora escucha, Luz hermosa;
también quién soy te diré:

Yo soy la viuda del Día;
envuelta en mi negro velo,
voy derramando en el suelo
mi dulce melancolía.

Me dan por nombre *la Noche,*
y a mi misterioso encanto,
para perfumar mi manto
abren las flores su broche.

Siempre la verde pradera
con amor me está llamando,
y las brisas van jugando
con mi negra cabellera.

Y no de las flores bellas
el solo tributo tengo;
fíjate y verás que vengo
con mi diadema de estrellas.

A mis pies traigo la luna,
compañera del que vela,
y que en la planta rïela
de la plácida laguna.

Del rayo del sol de estío
neutralizo los rigores,
regando a frutos y flores
con suavísimo rocío.

Siempre mi tupido manto
ha velado, generoso,
del jornalero el reposo,
del que es infeliz el llanto.

Traigo a todo corazón
religioso sentimiento,
pues que yo a mi paso siento
el rumor de la oración.

Aquí la Sombra calló,
y su voz aun resonaba,
cuando la Luz, que lloraba,
en sus brazos se arrojó.

Depuestos los negros celos,
Luz y Sombra se estrecharon,
y de hinojos adoraron
al monarca de los cielos.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

LA GRAN NOTICIA

(CUENTO POPULAR)

A un viejo que pasaba por la calle,
una niña bonita
y de arrogante talle
detuvo del faldón de la levita
diciéndole: "Señor, por vida suya,
quiero que usted me instruya
de las nuevas que aquí me participa
una tía que tengo en Arequipa."
Y sin más requilorio,
alargaba una carta al vejestorio.
Cabalgó el buen señor sobre sus ojos
un grave par de anteojos;
el sobre contempló, rompió la oblea,
la arenilla quitó de los borrones,
examinó la firma, linda o fea,
y se extasió media hora en los renglones.
Ya de aguardar cansada,
"¿Qué me dicen, señor?", dijo la bella;
y el viejo echó a llorar diciendo: "¡Nada!
Has nacido, mi bien, con mala estrella."
Asustada la joven del exceso
del llanto del anciano,

le preguntó: "¿Quizás murió mi hermano?"
y el viejo respondióla: "¡Ah!, es peor que eso..."
"¿Está enferma mi madre?" "Todavía
es peor cosa, hija mía.
¡No puedes resistir a esa desgracia!...
¡Yo, viejo y todo, me volvería loco!"
"¿Qué ha sucedido, pues?, ¡por Santa Engracia!"
"¡Que tú no sabes leer... y yo tampoco!"

RICARDO PALMA.

EL GALLINERO

Su fiesta llega hasta mí.
Las gallinas cacarean,
y los pollos deletrean
una lección de la i.

Un gallo, en tono de *si*,
después que sus alas bate,
como un canto de combate
prorrumpe un ki-ki-ri-kí.

Y en medio del gallinero,
luciendo un porte altanero,
a un caudillo se asemeja;

y su cresta se me antoja
que fuera una boina roja
echada sobre una oreja.

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

EL PAVO REAL

El gomoso pavo real
abre, en su coquetería,
la cola, que se diría
es una aurora boreal.

En cada pluma hay, triunfal,
un arco iris redondo,
que se destaca en el fondo
de un violeta episcopal.

Tras él un conejo mira
tan regia pompa, y estira
sus orejas con fruición,

que parecen, con los rojos
puntos de sus breves ojos,
dos signos de admiración.

Ovidio Fernández Ríos.

EL GATO

Usa tanta astucia y tanta
indiferencia, que finge
como una actitud de esfinge
que nada asombra ni espanta.

Su malignidad me encanta,
y en cambio me desespera
la crónica carraspera
del *rum-rum* de su garganta.

Lo estoy mirando. Su pelo
es brillante terciopelo
que se quema con el sol;

y sobre el negro tejado
duerme, y parece, enroscado,
un enorme caracol.

Ovidio Fernández Ríos.

EL PERRO

De noble casta arrogante;
su andar, lento y callandico;
siempre estirando el hocico
de una largura alarmante.

Luce una breve y brillante
mancha negra sobre el lomo,
y otra sobre un ojo, como
un monóculo elegante.

Se estira al sol y dormita,
y su bello cuerpo imita
la figura artificial

de un lebrel que heroico fué,
de esos que yacen al pie
de un sarcófago real.

Ovidio Fernández Ríos.

EL ÁGUILA Y EL CARACOL

Vió, en eminente roca donde anida,
el águila real, que se le llega
un torpe caracol de la honda vega,
y exclama sorprendida:

— ¿Cómo, con este andar tan perezoso,
tan arriba subiste a visitarme?
— Subí, señora — contestó el baboso, —
a fuerza de arrastrarme.

JUAN E. HARTZENBUSCH.

VOCES DE LA FAUNA

CABALLEROS, francamente,
no sé qué tiene la Fauna,
que muchísimos poetas,
cuando de animales tratan,
dicen tales tonterías
que no es posible pasarlas:
unos, que los perros graznan,
que relinchan los mosquitos
y pipían las jirafas.
Mis queridos compañeros:
si desconocéis la Fauna,
pasad por la Biblioteca
Nacional una mañana;
pedid un buen diccionario,
y encontraréis en sus páginas:
que el hombre chirla y efunde,
llantea, se desgañata,
zollipa, ulula, bisbisa,
chichisbea, jipa, guaya,
gargaliza, tapalea,
musita, rezonga y habla.

El asno rebuzna y rozna.
El loro, vocea, canta,
chilla, silba, vocifera,
chirla, parlotea y habla.
El toro resopla, muge,
bufa, bravía y rebrama.
Los pajarillos gorjean,
chirrían, pipían, cantan...
La pantera y la onza himplan.
La oveja balita y bala.
La cigüeña crotorea.
Grilla el grillo. El pato parpa.
Maúlla el gato, mía y bufa,
miaga y sopla. El ganso grazna.
La gallina cacarea,
cloquea, gaznea y gazna.
El cuervo y grajo crascitan,
graznean, grajean, croajan.
La perdiz castañetea
y cuchichía. La rana
croa. El jabalí rebudia.
El perro regruñe, ladra,
late, aúlla, hipa, gañe,
ulula, gruñe y regaña.
El buho ronca y ayea.
Cantan chicharra y cigarra.
El cochillo guañe y gruñe.
Los leones rugen, braman.
Los gamos pitan y roncan.
El gallo gallea y canta.
Berrea y muge el becerro.

Voznea el cisne en el agua.
El lobo ulula y aúlla
si vacía está su panza.
El mono castañetea,
chilla cuando se le casca
e hipa si llega a ver
cosa alguna que le escama.
El cerdo, constantemente,
gruñe y regruñe por nada.
Relincha el caballo, bufa
y resopla si se espanta.
La grulla gruye; las tórtolas
y palomas, apareadas,
arrullan. "Et sic de céteris"
de cada animal. Y basta
de escribir que muge el mirlo
y que el cocodrilo ladra.

MELITÓN GONZÁLEZ.

EL GALLO Y EL ZORRO

Un gallo muy maduro,
de edad provecta, duros espolones,
pacífico y seguro,
sobre un árbol oía las razones
de un zorro muy cortés y muy atento,
más elocuente cuanto más hambriento.

— Hermano — le decía, —
ya cesó entre nosotros esa guerra
que cruel repartía
sangre y plumas al viento y a la tierra:
baja; daré para perpetuo sello
mis amorosos brazos a tu cuello.

— Amigo de mi alma
— responde el gallo, — ¡qué placer inmenso
en deliciosa calma
deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy, tierno y ansioso,
a gozar en tu seno mi reposo:

pero aguarda un instante,
porque vienen, ligeros como el viento,
y ya están adelante,
dos correos que llegan al momento
de esta noticia portadores fieles,
y son, según la traza, dos lebreles.

— Adiós, adiós, amigo
— dijo el zorro, — que estoy muy ocupado;
luego hablaré contigo
para finalizar este tratado.
El gallo se quedó lleno de gloria,
cantando en esta letra su victoria:

Siempre trabaja en su daño
el astuto engañador:
a un engaño hay otro engaño,
a un pícaro otro mayor.

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

LOS DOS PERROS

Sultán, perro goloso y atrevido,
en su casa robó por un descuido,
una pierna excelente de carnero.
Pinto, gran tragador, su compañero,
le encuentra con la presa encarnizado,
ojo al través, colmillo acicalado,
fruncidas las narices y gruñendo.
"¿Qué cosa estás haciendo,
desgraciado Sultán? — Pinto le dice. —
¿No sabes, infelice,
que un perro infiel, ingrato,
no merece ser perro sino gato?
¡Al amo, que nos fía
la custodia de casa noche y día,
nos halaga, nos cuida y alimenta,
le das tan buena cuenta,
que le robas, goloso,
la pierna del carnero más jugoso!
Como amigo te ruego
no la maltrates más: déjala luego."

"Hablas — dijo Sultán — perfectamente.
Una duda me queda solamente
para seguir al punto tu consejo:
di, ¿te la comerás si yo la dejo?"

Félix María Samaniego.

LAS DOS GRANDEZAS

(ALEJANDRO REY Y DIÓGENES)

Yo soy Alejandro, el rey.
— Y yo Diógenes, el can.
— Vengo a hacerte más honrada
tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí? — Yo nada;
que no me quites el sol.
— Mi poder es... — Asombroso,
pero a mí nada me asombra.
— Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.
— ¿Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?
— Mantos reales gastarás
de oro y seda. — ¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
esta capa remendada?
— Ricos manjares devoro.
— Yo con pan duro me allano.
— Bebo el Chipre en copas de oro.

— Yo bebo el agua en la mano.
— Mandaré cuanto tú mandes.
— ¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y a unas miserias tan grandes
las llamáis dichas humanas?
— Mi poder, a cuantos gimen
va con gloria a socorrer.
— ¡La gloria!, capa del crimen.
Crimen sin capa el poder.
— Toda la tierra, iracundo,
tengo postrada ante mí.
— ¿Y eres dueño del mundo
no siendo dueño de ti?
— Yo sé que, del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.
— Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.
— Yo impongo a mi arbitrio leyes.
— ¿Tanto de injusto blasonas?
— Llevo vencido cien reyes.
— ¡Buen bandido de coronas!
— Vivir podré aborrecido
mas no moriré olvidado.
— Viviré desconocido
mas nunca viviré odiado.
— ¡Adiós, pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol!
— ¡Adiós; cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

SUEÑA...

¡Sueña! Si vieras qué hermoso
es en la vida soñar...
Dejarse siempre llevar
por algo maravilloso.

Poner el ojo en la luna
y soñar con un país
sin una mancha de gris,
sin una sombra importuna.

Contemplar a las estrellas
allí en las noches de estío,
y cobrar de nuevo bríos
leyendo fortuna en ellas.

Deambular por los caminos,
dejando que nuestros ojos
no vean en sus abrojos
más que flores, nunca espinos...

Llevar la vista allá lejos,
allá en la azul lontananza,
y gustar de la bonanza
que vendrá, con su festejo...

¡Sueña!, ¡sueña!, ¡sueña, niño!
¡Sueña siempre y ya verás
que de esta infancia saldrás
tan blanco como un armiño!

Tan puro como llegaste,
sin un dolor que fatiga,
sin una pena que diga
de tropiezos y contrastes.

Y más tarde, si te es ley
fracasar, podrás, soñando,
consolar penas, pensando
que *cierta vez fuiste Rey*...

PEDRO JUAN VIGNALE.

PERSEVERA

¡PERSEVERA! ¡Persevera!
Si hoy no ha sido posible,
mañana será factible
tu sueño de primavera.

Si el futuro te es incierto
y el camino muy pesado,
¡guay de adormirte a su lado
y darte por hombre muerto!

¡Si estás cansado, descansa!
Recobra de nuevo bríos,
y antes que te gane el frío
carga maletas y avanza.

Y avanza siempre, venciendo
lo que te impida tu paso,
y en tu camino el fracaso
a tu vista iráse huyendo.

Puesta ya al Norte la prora
haz como el buen marinero:
amaina velas si fiero
muéstrase el mar a esa hora...

Pero en cuanto la tormenta
pasó sus brutos arreando,
no te duermas y ve izando
tu velamen opulenta...

PEDRO JUAN VIGNALE.

A UN IMPACIENTE

Lo que no logres hoy, quizá mañana
lo lograrás; no es tiempo todavía;
¡nunca en el breve término de un día
madura el fruto ni la espiga grana!

No son jamás en la labor humana,
vano el afán, ni inútil la porfía;
el que con fe y valor lucha y confía,
los mayores obstáculos allana.

Trabaja y persevera, que en el mundo
nada existe rebelde ni infecundo
para el poder de Dios o el de su idea.

¡Hasta la estéril y deforme roca
es manantial cuando Moisés la toca,
y estatua cuando Fidias la golpea!

MANUEL DE SANDOVAL.

HERMANO VIENTO

Trepado en el pino derecho y obscuro
que tiene mi tiempo
— lo plantó en la puerta cuando vine al mundo
mi abuelo ya muerto —
tu vieja palabra, jamás entendida,
me silbas, oh viento!

. . . . . .

Parado el molino, sin agua en la acequia,
con el río lejos,
siete días largos con sus siete noches
te esperé en silencio
— de día, rondando mi casa empolvada;
de noche, despierto; —
y llegas del este con las alas frescas
cuando todo el campo se ponía viejo...
¡Oh hermano errabundo, oh hermano que siempre
me llegas a tiempo!

Así como el ave que por las migajas
de mi pan moreno

baja un día y otro de ese mismo pino
sin ningún recelo,
bájate, mi amigo, rasguña mi puerta,
ábrela sin miedo
— que en puerta de pobre siempre está caída
la llave en el suelo, —
y aventando toda mi papelería,
quédate jugando con mi libro abierto.

Viento, fuerte amigo, que no viendo nada
— siempre fuiste ciego, —
mueves sin cansarte mi molino torpe
y el de mi vecino, que es liviano y nuevo;
viento, fuerte amigo, que en un día pasas
polvoroso y recio,
y en un día vuelves por la misma calle
con olor de riego;
viento, fuerte amigo, que nos das el agua
y que, al mismo tiempo,
silbas en las redes, gruñes en las puertas,
zumbas en los huecos,
juegas con el humo sobre los tejados,
soplas en los fuegos,
y las nubes llevas y las nubes traes
para que encantado las contemple el pueblo...

. . . . . .

Oh amigo, algún día, de tanto escucharte,
sabré tu secreto
— el que desde niño me vienes contando
y que yo no entiendo; —
oh hermano, algún día sabré la palabra,

y entonces, sin cuerpo,
rondando villajes, moviendo molinos,
cruzando desiertos,
con el nombre humilde que quieran ponerme,
seré un viento fresco.

JOSÉ PEDRONI.

VOZ DEL AGUA

Era pura nieve
y los soles me hicieron cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Canté entre los pinos
al bajar desde el blanco nevero;
crucé los caminos,
dí armonía y frescura al sendero.

No temas que, aleve,
finja engaños mi voz de cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Allá, cuando el frío,
mi blancura las cumbres entoca;
luego, en el estío,
voy cantando a morir en tu boca.

Tan sólo soy nieve;
no me enturbian ponzoña ni mal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

ENRIQUE DE MESA.

LA INUNDACIÓN

ANTES

Todo respira paz: la fértil vega,
el cielo transparente, el bosque umbrío,
y el viento que en las márgenes del río
sus alas bate y con las ramas juega.

Abre sus cauces el Segura, y riega
los campos secos por tenaz estío,
do redoblando su fecundo brío
el ribereño a su labor se entrega.

Al través de la copa embalsamada
de los verdes naranjos, su dichosa
casa, que dora el sol, cerca divisa.

¡Cuán feliz es! Alegran su jornada
el dulce canto de la amante esposa
y de sus hijos la inocente risa.

DESPUÉS

¡Ay! Todo inspira horror; la noche obscura
tendió su manto, y en la sombra envuelta,
su audaz corriente alborotada y suelta
extiende hasta los montes el Segura.

Arrolla cuanto encuentra en la llanura
con ímpetu feroz la onda revuelta:
el puente secular, la torre esbelta,
el molino, la casa y la espesura.

Hallando el valle a su soberbia estrecho,
no respetó el torrente embravecido
el templo augusto ni la humilde choza;

y el labrador, en lágrimas deshecho,
sin amores, sin hijos y sin nido,
entre las ruinas de su hogar solloza.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

LA HERMANA

Verano. Agosto. Declinaba el día,
manchando el cielo de vapores rojos,
y volvían, pisando los rastrojos,
dos niños — ella y él — a la alquería.

Ella callaba... El chiquitín decía:
— Yo era un soldado, y cuanto ven tus ojos
no eran parvas de trigo, eran despojos
de una batalla en la que yo vencía...

— Pero... ¿y yo?...
— Deja; espera... Ebrio de gloria
yo volvía después de la victoria,
y a ti, que eras la reina, te buscaba...

— ¡No, no!... La reina es poca cosa... Yo era
— dice la chiquitina — una enfermera;
y tú estabas herido, y te curaba...

Eduardo Marquina.

LA ARAÑA

HERMANITA araña,
La trabajadora,
La que en la montaña
Te pasas los días labora y labora,
Tendiendo tus redes entre la maraña:
¡Qué paciencia tienes, tejedora buena!
¡Qué solita vives sin tener vagares!
Siempre en tu faena,
Siempre en tus telares.
¡Qué admirablemente ya ajustas, ya encajas
Esas tolderías que labrando estás!
¡Cómo vas y vienes, y subes y bajas,
Y bajas y subes, y vienes y vas!
¡Con qué agilidades alargas o enredas
Las flotantes hebras de sutiles sedas
Con que el andamiaje forjas de tu hogar!
¡Cómo ya de un hilo colgando te quedas!
¡Cómo ya por otros se te ve trepar!
Y así las marañas del breñal hirsuto
Así trabajando minuto a minuto

¡Qué finas labores
De ensueño fabricas!
¡Qué de filigranas de regios primores!
¡Qué de sederías chinescas más ricas!
¡Cómo de tus manos, entre los grotescos
Y toscos ramajes,
Van, poquito a poco, saliendo arabescos,
Tenues gobelinos, pálidos encajes,
Castillos de gasa, palacios de tules,
Y undívagas tiendas, etéreas, azules!
Y al lucir la aurora
Sobre el intrincado montañal bravío
¡Cómo se abrillanta, cómo se colora,
De tus artefactos todo el atavío,
Cuajado a esa hora
De trémulas perlas de escarcha y rocío!
¡Qué irisadas luces, radiantes y vivas,
Lanzan al espacio
De cada castillo los arcos y ojivas,
Los muros y rejas de cada palacio!
Si parecen hechos
De esmeralda y oro, de rubí y topacio,
Arcadas y muros, ojivas y techos...
¡Cuánta fantasía,
Qué arte y poesía
Tu labor encierra,
Hermanita mía,
Obrera incansable de la arisca sierra!
Pero ¡cómo es frágil
Tu labor de artista primorosa y ágil!
Ya un ave que pasa,

Ya el viento que agita la vieja robleda,
En breves segundos tus obras arrasa,
Y en rotos jirones, colgando, se queda
El regio arabesco tejido de gasa,
El tenue palacio forjado de seda.

ABEL G. GONZÁLEZ.

LA HIGUERA

Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.
En las primaveras
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.
Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se visten...

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
"Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto."

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
"Hoy a mí me dijeron hermosa."

JUANA DE IBARBOUROU.

ADIÓS A LA ESCUELA

Ha llegado el momento de dejarte;
nuestra labor del año está cumplida;
somos el escuadrón blanco que parte
con la amargura de la despedida.

Patio con sol, que nunca olvidaremos;
aula, donde aprendimos tantas cosas;
pedacito de cielo, que aun te vemos
por la ventana abierta entre las rosas...

Ya no vendremos más a tu llamado,
vieja campana de color ceniza,
ni escribiremos en el encerado
con la barrita blanca de la tiza.

Queda entre tus paredes nuestra infancia,
el primer goce y el primer quebranto,
la amistad, esa flor de tolerancia,
y las maestras que quisimos tanto.

Adiós, escuela. Con el alma henchida
de gratitud, la caravana parte.
Nuestro blanco escuadrón hará en la vida
más de un alto, tal vez, para adorarte.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

ADIÓS, CAMPANITA

La dulce campana
de voces de abuela,
que ayer repicaba
llamando a la escuela,
con notas muy graves,
con llanto en la voz,
nos da tristemente
de nuevo su adiós!
Y en tanto, mi pecho,
que hierve de fuego,
contesta sonriendo:
¿Me voy?... ¡Hasta luego!
¡No tiembles, no gimas,
no llores, campana!
¿Por siempre nos vamos?...
¡Volvemos mañana!
Al ir por los campos
bebiendo aire puro,
saltando contento,
campana, ¡te juro
pedir a las aves

que vengan a ti,
que den en tu bronce
mil besos por mí!
No digas que ingratos
nos hemos mostrado...,
¡si es nuestro contento
sentir tu llamado!
Si ayer yo le dije,
le dije a la abuela,
que en todos sus cuentos
me hablara de escuela.
Y en ellos dijera
de alegres campanas
que llaman sonoras
con voces de dianas,
de niños robustos
y chicas rosadas
que acuden alegres
a las campanadas...
Así, campanita,
te digo mi adiós,
llevando en mi pecho
grabada tu voz;
y al irme repito:
¡No llores, campana!
¿Por siempre nos vamos?...
¡Volvemos mañana!

MARTORELLI.

PATRIÓTICAS

LA ARGENTINA

Es mi patria la Argentina,
fértil región de la tierra,
que en sus entrañas encierra
fecundos frutos de amor;
es la estrella más hermosa
de este cielo americano,
cuyo brillo soberano
subyuga por su esplendor.

ISAAC LARRAIN.

LA ESCARAPELA

Simbólica escarapela
de cinta celeste y blanca:
en tus pliegues hay la tierna
caricia de una mirada,
y el punto final de un beso
que nos ofrece la patria.

Miguel A. Camino.

DOS AMORES

Guardo en mi alma de niña,
como en urna de diamante,
dos amores palpitantes
de pureza sin igual:

Uno que vive en mi pecho
desde que vivo en el mundo;
otro, no menos profundo,
que la escuela hizo brotar.

Sobre todo, en cielo y tierra,
te quiero a ti, madre mía;
a ti que eres mi alegría,
mi dicha, mi luz, mi amor.

Después de ti... ¡oh patria amada!
tu amor en mi alma se expande,
y como mi alma es muy grande
hay lugar para las dos.

Y allí, como en santo nido
que hace pensar en el cielo,
calmando mi dulce anhelo
van creciendo sin cesar.

Quiera el cielo bondadoso
siempre puros conservarlos,
que yo sabré acrecentarlos
cada día más y más.

X.

OFRENDA A LA PATRIA

Por mi Dios y por mi sangre
te hago ofrenda de mi vida:
lo que soy y lo que tengo
te lo debo, patria mía.

Lo que canto y lo que sueño,
todo el cáliz de mi vida,
ante el ara de tus héroes
te lo brindo, patria mía.

No me arredran los embates
de la lucha por la vida,
porque sé que la victoria
siempre es tuya, patria mía.

Y si pierdo en la batalla
los alientos de mi vida,
clamará mi último grito:
"¡Vive y triunfa, patria mía!"

Lo que soy y lo que tengo
te lo debo, patria mía:
de mi vida te hice ofrenda,
¡usa, patria de mi vida!

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

PATRIA

Patria es la tierra donde se ha sufrido,
Patria es la tierra donde se ha soñado,
Patria es la tierra donde se ha luchado,
Patria es la tierra donde se ha vencido.

Patria es la selva, es el oscuro nido,
La cruz del cementerio abandonado,
La voz de los clarines, que ha rasgado
Con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino
Que en el enorme piélago sonoro
Deja una blanca estela en su camino.

Y patria es el airón de la bandera
Que ciñe con relámpagos de oro
El sol, como una virgen cabellera.

Leopoldo Díaz.

A LA PATRIA

REPÚBLICA Argentina! ¡Patria amada!
Tu espléndida corona, matizada
de gayas flores las naciones ven;
la cariñosa mano de tus bardos
puso rosas, jazmines, violas, nardos
entre los verdes lauros de tu sien.

Yo no vengo a mezclar con esas flores
de olímpicos perfumes y colores
las silvestres y humildes que aquí ves;
vengo, Patria gloriosa, solamente,
a doblar la rodilla reverente,
y a deshojar las mías a tus pies.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

PATRIA EN EL MAR

(CANCIÓN OFICIAL DE LA ARMADA ARGENTINA)

Bajo el límpido cielo argentino,
Sobre el mar inflamado de sol,
En la voz de las brisas errantes,
De la patria escuchamos la voz.
De la patria querida que anuncia
Para todos los hombres amor.

Esa voz en los mares extraños,
Bajo el blanco y azul pabellón,
Nos evoca la tierra bendita
De la Pampa, los Andes y el sol.
Protegiendo el hogar y la tumba,
Defenderla será nuestro honor.

Mientras vuela la rauda gaviota,
Mientras suena del viento la voz,
Nuestros pechos unamos, leales,
En un voto sublime de amor
Por la dulce Argentina, la patria
Predilecta del mar y del sol.

ARTURO VÁZQUEZ CEY.

CANTO A LA ARGENTINA

Salve noble Nación! Seguro puerto
guardado por las olas y los Andes;
ayer triste desierto,
hoy pueblo rico, grande entre los grandes.
El Mundo Viejo que antes te enseñaba
hoy aprende de ti; de ti recibe
hasta el mismo sustento de que vive.
Atravesando mares,
a ti llegan sus hijos a millares,
a realizar su anhelo
de beber de tu fuente,
de recoger riquezas en tu suelo
y de aspirar venturas en tu ambiente.
Llegan... y hallan la suerte apetecida,
pues dan a un tiempo, como doble palma,
tu tierra, el rubio trigo: ¡el pan de vida!,
tu aire, la libertad: ¡el pan del alma!

Juan A. Cavestany.

PATRIA

(FRAGMENTO)

¡Sacro nombre de Patria! En él fulgura
cuanto de grande y dulce el mundo encierra:
del casto hogar la íntima ventura,
la gloria conquistada en santa guerra,
fe y costumbres, artística hermosura,
la ley severa que al malvado aterra,
el monte, el río, el ave en libre vuelo,
el campo inmenso, el esplendor del cielo.

¡Oh, tú, entre todas las que el mundo ostenta,
rica, joven, hermosa patria mía,
que al gran rumor del porvenir atenta,
himnos entonas al naciente día!
¡Tú, en cuyo noble rostro la opulenta
llama del sol gozosa se extasía,
y altiva llevas, con vigor sereno,
toda el alma de América en tu seno!

¡Qué limpio y claro resplandor de gloria
bañó, entre estruendos bélicos, tu oriente,
para anunciar el sol de la victoria,
que alzaba en los espacios su áurea frente!
Sol cuya lumbre, a engrandecer tu historia,
de San Martín la espada hiriendo ardiente,
desde las amplias márgenes del Plata
al imperio del Inca se dilata.

¡Oh Patria! ¡Oh Madre! Tu visión radiante
de respeto y de amor mi alma llena,
y en estrechar me gozo en todo instante
la que me enlaza a ti dulce cadena.
¡Pueda mi vida en tu regazo amante,
consagrada a tu bien, pasar serena,
y al recibirme al fin la muerte amiga,
tu sol contemple y tu esplendor bendiga!

CALIXTO OYUELA.

LA PATRIA

(FRAGMENTO)

Un pueblo va adelante en el tumulto
de la cruzada audaz; un pueblo grande
a quien dió Dios la Pampa por alfombra
y por dosel el Ande!
Espejo son de su gigante talla
los ríos como mares,
y marcos del cristal de sus corrientes
las frondas de las selvas seculares!

Brilla en su frente el sello prodigioso
de la elección de Dios; tiene en su seno
el afán infinito del progreso,
el amor del ideal, la fe del bueno!

Infatigable avanza
en pos de sus destinos soberanos;
viajero de inmortales esperanzas,
da a los pueblos el ósculo de alianza
y los saluda en el derecho hermanos!

No hay freno a sus antojos
ni valla a su ambición; ámbito inmenso
descorre el porvenir ante sus ojos;
le da la gloria embriagador incienso,
y postrados de hinojos,
los déspotas del mundo ante su planta
reniegan del pasado,
y en vez de maldecirlos, los levanta
por la fe y el amor transfigurados.

¡Es mi patria! ¡Mi patria! Yo la veo
a vanguardia de un mundo redimido,
de un mundo por tres siglos amarrado,
que cual bajel en mar desconocido,
rompiendo las cadenas del pasado,
se lanza con audacia,
cargado de celestes esperanzas,
al puerto de la santa democracia!

OLEGARIO V. ANDRADE.

A MI PATRIA

¡Patria! Yo sé que por tu amor la vida
bulle en mi ser... Cuando en el alma siento
la llama de la fe, por ti encendida,
sube, en una plegaria estremecida,
volando hacia tu altar mi pensamiento.
Juventud, entusiasmos, ilusiones,
todo se nutre de tu fiel cariño;
tú soplas esperanza en las canciones
purísimas del niño;
sobre la blanca nieve de los años
que cubre la cabeza del abuelo,
dejas caer un resplandor del cielo
para ahuyentar los tristes desengaños;
y al borde de la cuna,
donde la madre aduerme al inocente,
bajas en un destello de la luna
para besar su venerable frente!
¡Todo eres tú!... La luz que me rodea,
jugando con magníficos cambiantes
en las nubes lejanas,

que en las aguas del Plata centellea
y hace cuajar los campos de diamantes
al encender el sol de las mañanas.
La luz, el aire, el cielo, el bosque, el río,
la abrupta cordillera
y el peñasco bravío,
los frutos del estío
y el alegre rumor de primavera.
¡Todo eres tú!... Las voces de la gloria,
que en lo más hondo de mi ser murmuran
la inmortal epopeya de tu historia;
los anhelos de hoy, las esperanzas
que mi paso apresuran
en pos de misteriosas lontananzas!
¡Y todo a ti me entrego,
con lo que tengo y lo que soy! Centella
que desprendió tu corazón de fuego,
quiero seguirte por la senda oscura:
¡quiero ser en tus noches una estrella
y alumbrar tu camino hacia la altura!

ERNESTO J. ETCHEVERRY.

CANTO A LA ARGENTINA

(FRAGMENTO)

¡ARGENTINA! ¡Argentina!
¡Argentina! El sonoro
viento arrebata la gran voz de oro.
Ase la fuerte diestra la bocina,
y el pulmón fuerte, bajo los cristales
del azul que han vibrado,
lanza el grito: "Oíd mortales,
oíd el grito sagrado".

Oíd el grito que va por la floresta
de mástiles que cubre el ancho estuario
e invade el mar; sobre la enorme fiesta
de las fábricas trémulas de vida;
sobre las torres de la urbe henchida;
sobre el extraordinario
tumulto de metales y de lumbres
activos; sobre el cósmico portento

de obra y de pensamiento
que arde en las poliglotas muchedumbres;
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar,
sobre la blanca sierra,
sobre la extensa tierra,
sobre la vasta mar.

¡Argentina, región de la aurora!
¡Oh tierra abierta al sediento
de libertad y de vida
dinámica y creadora!
¡Oh barca augusta de prora
triunfante, de doradas velas!
De allá, de la bruma infinita,
alzando la palma que agita,
te saluda el divo Cristóbal,
Príncipe de las carabelas.

¡Salud Patria, que eres también mía,
puesto que eres de la Humanidad:
salud en nombre de la Poesía,
salud en nombre de la libertad!

RUBÉN DARÍO.

LA INDEPENDENCIA - 1816

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
la derrota doquier: nuestros campeones,
que en la tremenda lid fueron leones,
ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo vuelo
la bandera de Mayo hecha jirones.
El enemigo avanza: sus legiones
cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria, irguiéndose entre ruinas,
¡atrás!, prorrumpe; libre se proclama;
rompe el vil yugo con potente brazo.

Y, triunfantes, las armas argentinas
llevan la libertad, su honor, su fama,
desde el soberbio Plata al Chimborazo.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

EL HIMNO

Con la luz de las glorias nacionales
y aleteos de cóndores andinos,
palpita en sus acordes inmortales
el alma de los héroes argentinos.

¡Libertad! ¡Libertad!... entona el pecho
y ¡Libertad!... anuncia el sol radiante;
¡Paz!... desde el Pilcomayo hasta el Estrecho,
desde las altas cumbres al Atlante!

Es la voz de la Patria redimida,
la síntesis profunda de su historia,
el titánico aliento de su vida
y el canto magistral de su victoria.

Y así vibrante, cual fraterno grito
del alma patria en generoso anhelo,
remontando su acento al infinito,
saluda al mundo en el azul del cielo!

F. Julio Picarel.

A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de ti me arrastras:
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?

Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el ángel de la inmensa muerte,
te agitas y nos llamas!

¡Allá voy, allá voy sobre las olas;
allá voy, allá voy sobre las pampas,
bajo el cañón del enemigo injusto
a levantarte un trono en su muralla!

¡Ah, que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te verán mis ojos
huyendo en la batalla!...
¡Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.

LOS COLORES DE NUESTRA BANDERA

Azul — Yo soy el color azul,
el del cielo despejado,
cuando se muestra bañado
en radiante y viva luz.

Blanco — Soy el color de la nube
que se extiende por el cielo
imitando con su velo
las alas de algún querube.

Azul — Yo pinto la nomeolvides
y la humilde campanilla.

Blanco — La margarita sencilla
se adorna con mi color.

Azul — Soy emblema de inocencia.

Blanco — La paz anuncio a mi paso.

Azul y Blanco — Y contigo en dulce abrazo
soy símbolo de candor.

Blanco — Cuando el arte representa
a la doncella más pura
da a su traje mi blancura.

Azul — Y mi celeste a su tul.

Azul y Blanco — Y cuando el alma argentina
surgió a conquistar la gloria,
fué su nuncio de victoria
un lazo blanco y azul.

X.

BANDERA DE PAZ

Con un siglo de vida en la historia,
nuestra patria bien puede flamear
su bandera de lucha y de gloria,
orgullosa del sol de victoria
que abrió surcos de luz al pasar.

Hoy no tiene ya el pueblo argentino
ideales de honor que salvar;
ni a la guerra lo llama el destino,
ni en sus campos de trigo hay camino
que lo lleve a morir y a matar.

Su bandera es de paz; a ninguna
hace sombra adorarla en su altar;
el trabajo que da la fortuna
la ve siempre amparando la cuna
y guardando el dintel del hogar.

Coro

Quisimos ser grandes,
y nuestra grandeza pusimos de pie;
del Plata a los Andes,
el Dogma de Mayo templó nuestra fe.

MARTÍN CORONADO.

LAS BANDERAS

Las banderas de la tierra
todas juntas cuantas son
no son blancas y celestes
como la que quiero yo.

Unas tienen un escudo,
otras tienen un león,
otras tienen las estrellas,
y la mía tiene el sol.

¡Viva!, ¡viva!, ¡viva!, ¡viva!,
Que la mía tiene un sol.

TOMÁS ALLENDE IRAGORRI.

LA BANDERA ARGENTINA

El azul de los cielos disolvió su pintura,
y al volcarla en la nieve de la audaz cresta [andina,
con los crudos añiles empapó la blancura
y es así como se hizo la bandera argentina.

Sobre un campo de espumas enhebró Febo un rayo,
y al ungir los senderos de la pampa dormida,
como un cóndor enorme se asomó el sol de mayo
y quedó de este modo la bandera con vida.

Hace ya más de un siglo que la ondea el destino;
hace ya más de un siglo que la gloria la espera;
San Martín en su brioso potro inicia el camino
y la clava en la cima, sobre la cordillera.

Así fué como un día, en el ángulo obtuso
que comprende tres pueblos de la América Andina,
con el gesto más noble y más épico puso
el renombre de libres la Bandera Argentina.

GUSTAVO RUIZ.

EL TESORO DEL PAÍS ARGENTINO

Las catorce provincias argentinas, un día,
reuniéronse a la sombra protectora del Ande,
para saber cuál de ellas dichosa poseía
del país lo más noble, más hermoso y más grande.

Mentó la sabia Córdoba su claustro de doctores;
Tucumán, sus ingenios y cañaverales;
San Luis, sus tersos mármoles, rayados de colores;
Corrientes y Santiago, sus selvas tropicales;

La Rioja y Catamarca, sus valles y montañas;
Salta y Jujuy, sus bellas y antiguas heredades;
San Juan, la vena de oro que hierve en sus entrañas;
Buenos Aires, sus pampas cubiertas de ciudades;

Santa Fe, sus pobladas y fértiles campiñas;
Entre Ríos, sus costas de perlas y esmeraldas,
y Mendoza, la sangre de las pomposas viñas,
que cuelgan de sus cerros tejidas en guirnaldas.

Presente la República, alzó la faz altiva:
— Ninguna de vosotras en sus lindes encierra —
les dijo noblemente, — como dueña exclusiva,
la más preciada joya de la argentina tierra.

En todos vuestros campos existe ese tesoro;
donde hay un argentino se encuentra por doquiera...
— ¿Cuál es? — le preguntaron las provincias en coro.
Ella, mostrando el cielo, repuso: — La bandera.

Y entonces las provincias, tendiéndose las manos,
clamaron inspiradas por la gracia divina:
— Es cierto. Ni ciudades, ni montañas, ni llanos.
¡Es nuestra mayor gloria la Bandera Argentina!

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

LA BANDERA ARGENTINA

La tejieron con jirones arrancados de la gloria;
puso Dios besos de auroras en los hilos de sus mallas,
y sedienta y anhelosa del laurel de la victoria,
presidió como una virgen el furor de las batallas.

Cruzó mares procelosos, escaló montes salvajes,
arrullada entre los cantos de bravísimos patriotas,
y jamás se vió manchado el azul de sus encajes
con el lodo y los insultos de las bárbaras derrotas.

Es el manto cariñoso que recoge entre sus flecos
las espinas y las hieles de los llantos y las penas;
ella apaga de los odios los rumores y los ecos
y quebranta al desterrado las durísimas cadenas.

En la cuna es miel y besos de caricias y ternuras,
en la angustia, sol bendito que cautiva y enamora,
en la guerra es heroísmo, y es arranque y es bravuras
y en la tumba es llanto triste de una madre que nos llora.

En el arte es luz y acordes de las liras y cinceles,
en la ciencia es la lumbrera que las sombras ilumina,
y en la historia de los siglos es el trono de laureles
donde ostenta sus grandezas la República Argentina.

¡Coronadla de canciones, de plegarias y de amores!
Es la madre que nos quiere, es la Patria toda entera,
y no hay dicha cual la dicha de morir bajo las flores
del jardín inmaculado de esta plácida bandera!

TEODORO PALACIOS.

LA BANDERA

La bandera está tejida con mil hilos delicados
de las almas y las frentes por la patria entresacados;
es un palio enriquecido por la gloria y el honor,
es un tul de hebras tejidas con divinos sentimientos;
es un lienzo recamado de sublimes pensamientos
y es un paño todo espíritu y es un velo todo amor.

En un hilo está la pena y está en otro la alegría;
en un hilo está la ciencia y está en otro la poesía;
vibra en éste el entusiasmo y en aquél llora la cruz.
Uno abriga el egoísmo y otro encierra la venganza,
otro esconde lo inefable, otro oculta la esperanza,
¡y son todos el cordaje de un gran órgano de luz!

Como ruecas misteriosas, los ardientes corazones
hilan, hilan la bandera con altivas pulsaciones,
y al impulso de la patria nunca cesan de girar.
En su curso rotativo cada ovillo rueda y rueda;
y cual tejen los gusanos el capullo de la seda,
va tramándose la randa con las hebras del telar.

Toman parte cien mil husos con la malla del bordado,
y cien mil devanaderas en el rítmico trenzado
que un sutil hilo recibe desde cada corazón.

Las corrientes de hebras raudas van labrando el velo rico,
y cual prende un haz de rayos en su extremo un abanico,
en un haz tiene prendida la bandera a la Nación.

A ese velo de la patria intercalan como flores
sus espíritus las vírgenes, los mancebos sus ardores,
la niñez sus santos coros, su alegría y su candor;
los soldados sus hazañas, sus laureles y sus rosas,
y la anciana, que recita tradiciones milagrosas,
sus arrugas consagradas y sus lágrimas de amor.

La bandera es evangelio por la raza consagrado;
es el lienzo de sus glorias en el viento desplegado,
el relato de sus triunfos, su grandioso porvenir;
la bandera es nuestra vida, nuestra raza prodigiosa,
nuestro amigo, nuestro hermano, nuestra madre, nuestra esposa,
y el sudario, donde envueltos, hemos siempre de dormir.

La bandera es nuestra frente, nuestro pecho, nuestra mano;
todo sabio, todo artista, todo niño, todo anciano;
a dos madres bendecimos, y ella ondula entre las dos;
quien la ultraja, a sí se ultraja; quien la eleva, a sí se eleva:
quien su honor al sol levanta, su virtud en alto lleva;
quien la mancha, a sí se mancha; ¡quien la besa, besa a Dios!

SALVADOR RUEDA.

SARMIENTO

Pobre y humilde, por su esfuerzo rudo
alzó tan alto el luchador su vuelo,
que fué gloria, blasón, bandera, escudo
bajo la curva de su patrio cielo.

Inspira un alto y sin igual respeto
su fe sincera y su saber profundo,
lo mismo cuando enseña el alfabeto
que cuando escribe su genial "Facundo".

De pie, fuerte y viril, firme y constante,
nunca pidió cuartel, paz ni sosiego;
nada logra abatir a aquel gigante,
pecho de bronce y corazón de fuego.

Si no hubiera más glorias en su vida,
brillara por su acción independiente:
que es Sarmiento una antorcha suspendida
sobre un siglo, una raza, un continente.

Natalio A. Vadell.

A SARMIENTO

DUERME el atleta. Bajo el mármol sueña,
que no descansa el luchador valiente;
y plegada sobre él, madre doliente,
cubre su cuerpo la argentina enseña.

Duerme el atleta. El ideal diseña
inmarcesibles glorias en su frente;
sueña, y se ve tranquilo, omnipotente,
cóndor andino sobre abrupta peña.

¡Allá arriba! ¡Más alto todavía!;
donde tan sólo llega el pensamiento,
¡en la cumbre más áspera y bravía

glorifique la patria sus hazañas!
¡Que para alzar la estatua de Sarmiento
hay que hacer pedestal con las montañas!

ENRIQUE E. RIVAROLA.

SARMIENTO

Alma de alud, bajó de una montaña.
Buscaba a su ideal nuevo proscenio,
y abrióse paso entre la hostil maraña
con la pujanza heroica de su genio...

Un día, en el silencio de las cumbres,
donde forjó su espíritu atrevido
sus más bellas y límpidas vislumbres,
el viento silbador llevó a su oído
rumor de muchedumbres.

No era el sonoro mar, cuando revienta
frente a la playa, en ímpetus divinos,
ni bandadas de cóndores andinos
graznando en el horror de una tormenta;
no eran tampoco esos agudos sones
que repitieron en los tiempos grandes,
al paso de titánicas legiones,
los mudos precipicios de los Andes...
Aquel rumor fatídico venía
del fondo de los campos desolados.

Grito de turbas, ayes de agonía,
galope de corceles desbocados,
ruido de fragorosos guardamontes,
en un solo clamor entremezclados,
a través de los vastos horizontes
formaban, en la ráfaga pampera,
la voz de la nativa montonera!

Y ella le dió ese diapasón rotundo
en que templara el verbo prometeano,
cuando su genio agreste y soberano
quiso cantar la vida de Facundo;
o cuando ya ante el porvenir abierto,
su palabra, vibrante de virtudes,
quiso anegar de luz las multitudes
en medio de las sombras del desierto...

Alma de apóstol, su ideal ferviente
que iluminara a todo un continente,
marcó a su pueblo rutas de victoria;
por eso triunfa su figura homérica,
saludada por cánticos de gloria,
sobre los pueblos vírgenes de América!

RICARDO ROJAS.

MORENO

Numen y verbo, precursor y atleta,
fué la piedra angular de la República;
lanzó su ideal, y la conciencia pública
le eligió jefe y le aclamó profeta.

A su voz se elevó la llamarada
que preparó el ibero con su encono,
y temblando un virrey miró su trono
convertirse en ceniza, en polvo, en nada...

Acallaron su voz, cayó el gigante;
en las azules ondas del Atlante
su armadura mortal duerme silente;

mas la idea genial que ardió en su mente,
obra de un alma de hálito potente,
nadie la apagará, marcha triunfante.

Arturo Samuel Drew.

RIVADAVIA

SONDANDO de los tiempos en lo oscuro
su brillante visión de iluminado,
rompió con las influencias del pasado
para marcar la línea del futuro.

Iba de cara al sol, firme, seguro,
con la fe misional de un destinado,
a cumplir con espíritu abnegado
su sueño de estadista grande y puro.

Si glorias altas el amor patricio
puede ufano cantar, una en su gloria
expresión de talento y sacrificio.

Los años van, el pensamiento vuela,
mas vivirá por siempre su memoria
en el augusto templo de la escuela.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

BELGRANO

Lo vió nacer el Plata caudaloso;
su empuje colosal le dió el pampero,
y Salamanca, orgullo del ibero,
nutrió de ciencia su cerebro hermoso.

República ejemplar y prestigioso,
fué de su patria el general primero,
y en Salta y Tucumán, como guerrero,
le ofrendó Palas su laurel precioso.

Adalid del progreso, decidido,
lucha por inculcar a sus hermanos
el derecho y deber de las naciones;

y en un arranque de civismo, erguido,
soberbio crea y alza entre sus manos
el pendón de las grandes redenciones!

EDUARDO L. ARENGO.

GÜEMES

Sobre negro corcel encabritado,
en la diestra la espada refulgente,
noble el semblante, altivo el continente,
cruza veloz el paladín osado.

De Vilcapugio vengador airado,
avanza con la furia del torrente,
y en el confuso batallar ardiente
triunfante agita su pendón sagrado.

¡Güemes no ha muerto! ¡Su heroísmo aun late!
Se alzará de la tumba que lo encierra
si el patriótico espíritu se abate,

y estremeciendo la argentina tierra,
convocará con su clarín de guerra
otra vez sus leones de combate.

Leopoldo Díaz.

A SAN MARTÍN

No podía morir. Cupo en la tumba
la gigantesca talla de su cuerpo;
para encerrar su nombre y su memoria
el hogar de la muerte era pequeño.

¡No cabía su espíritu grandioso
en la mansión eterna del silencio!
Como el alma de Dios, necesitaba
el espacio sin límites del cielo!

Aquel cóndor altivo que surgía
de entre las nubes de rojizo fuego,
para tejer su nido de laureles
de los cañones en los hondos huecos,

aquel brazo potente, que de España
hizo temblar el formidable cetro,
y que en la nieve de los altos Andes
iba a templar su deslumbrante acero,

aquella alma celeste que exhalaba
todo el calor de un celestial incendio,
cuando henchida de gloria se cernía
de las batallas sobre el humo denso,

cayó en la tumba, como caen los astros,
en el sudario de su luz envueltos;
cayó para dejar sobre la tierra
la memoria inmortal de sus destellos!

GERVASIO MÉNDEZ.

HACIA LAS CUMBRES

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
¡Si es el rumbo de tu vuelo
bajo el manso azul del cielo
ese elevado confín
donde el Ande alza sus galas,
lleva en el pico y las alas
un saludo a San Martín!

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Di al patriarca generoso
que el corazón sin reposo
de su pueblo lo acompaña;
y lejos de esa montaña
que alberga al cóndor y a él,
tejen aquí las matronas,
para su frente, coronas
de rosas y de laurel...

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Dile que nuestras plegarias
se levantan ofrendarias
y tiene tanto este ruego
de esperanzas y de fuego,
de fe, de luz y de amor,
que si en los Andes ardiera,
la nieve se derritiera
de sus rayos al calor...

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Dile en tu alado mensaje
que, temblando de homenaje,
en las viviendas tranquilas
cantan versos y hacen hilas
las mujeres... Dile, en fin,
que puro, santo, infinito,
de las almas brota un grito,
este grito: ¡San Martín!

BELISARIO ROLDÁN.

LOS GRANADEROS

ROMPE en los desfiladeros
un retumbo de ciclón...
¡Son ellos, los granaderos
dantescos, del escuadrón
de la muerte; los primeros
que, escalando los peñones,
en un fantástico vuelo
de pegasos redomones,
empenacharon de cielo
la gloria de sus morriones!

¡Son ellos! Bajo la lumbre
del firmamento inmediato,
revuela de cumbre en cumbre,
y ve absorto el Tupungato
una alada muchedumbre
que trepa por la ladera
purpurada de arrebol,
lo mismo que si quisiera
robarse el disco del sol,
para usarlo en la bandera!

¡Son ellos! ¡Descenderán
del lado del occidente;
y las águilas verán
que al retomar el naciente,
por botín de guerra van
conduciendo los atletas:
redención en las pupilas,
luz en las almas inquietas,
libertad en las mochilas
y cielo en las bayonetas!

BELISARIO ROLDÁN.

HIMNO A LOS MUERTOS POR LA PATRIA

Silencio, que las sombras
se elevan de los muertos
para escuchar el himno
que vamos a entonar.

Silencio, que es la ofrenda
que ante el altar deponen
los hijos de esta tierra
cual símbolo inmortal.

Que vibre por los siglos
el sacro sentimiento
de los gloriosos hombres
que por la Patria han muerto.

Descansen sus cenizas
en sosegado sueño
velado por la gloria
que conquistar supieron.

Jamás de nuestra mente
se borre su recuerdo,
que deberá grabarse
con religioso empeño.

Así, desde la infancia,
irá flameando el fuego
que en aras de los libres
heroicos encendieron.

En este día hermoso
las notas elevemos
del himno que les canta
a todos los que fueron.

Por él los más humildes
tendrán un monumento
en el santuario augusto
del corazón del pueblo.

BASILIO B. CHARRAS.

EL HIMNO DEL PAYADOR

(FRAGMENTO)

El sol ya la hermosa frente
abatía y, silencioso,
su abanico luminoso
desplegaba en occidente,
cuando un grito de repente
llenó el campo, y al clamor
cesó la lucha, en honor
de un solo nombre bendito.
Que aquel grito era este grito:
"¡Santos Vega el payador!"

Mudos ante él se volvieron
y, ya la rienda sujeta,
en derredor del poeta
un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
en los atentos oídos,
porque los labios queridos
de Santos Vega cantaban
y en su guitarra zumbaban
estos vibrantes sonidos:

"Los que tengan corazón,
los que el alma libre tengan,
los valientes, ésos vengan
a escuchar esta canción:
nuestro dueño es la nación
que en el mar vence la ola,
que en los montes reina sola,
que en los campos nos domina,
y que en la tierra argentina
clavó la enseña española.

"Hoy mi guitarra en los llanos
cuerda por cuerda así vibre:
¡Hasta el chimango es más libre
en nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
el rancho aquel que primero
llenó con sólo un ¡te quiero!
la dulce prenda querida,
¡todo!.. ¡el amor y la vida,
es de un monarca extranjero!

"¡Ya Buenos Aires, que encierra
como las nubes, el rayo,
el veinticinco de mayo
clamó de súbito: ¡Guerra!
¡Hijos del llano y la sierra!,

¡pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
que los que libres se aclaman?
¡De Buenos Aires nos llaman,
a Buenos Aires volemos!

"¡Ah! si es mi voz impotente
para arrojar, con vosotros,
nuestra lanza y nuestros potros
por el vasto continente,
si jamás independiente
veo el suelo que he cantado,
no me entierren en sagrado
donde una cruz me recuerde,
entiérrenme en campo verde
donde me pise el ganado!"

Cuando cesó esta armonía
que los conmueve y asombra
era ya Vega una sombra
que allá en la noche se hundía...
¡Patria! a sus almas decía
el cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
de las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron
cuando a Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon,
cuando por fin se lanzaron
tras el Andes colosal,
hasta aquel día inmortal
en que un grande americano
batió al sol ecuatoriano
nuestra enseña nacional.

RAFAEL OBLIGADO.

LA JURA DE LA BANDERA

En la profunda quebrada,
Al pie del cerro vecino,
Suena el clarín argentino
Tocando inmensa llamada.
Sereno el pecho, la espada
A mal guardar, la visera
Alta en la frente guerrera,
Marcial y firme la planta,
Manuel Belgrano levanta
Con muda fe su bandera.

Al gran clamor obedientes
Van los dispersos llegando.
Unos, bravíos, alzando
Las armas resplandencientes;
Aquellos, mustios, dolientes,
Llenos de afán y sonrojos;
Otros, más que hombres, despojos
Que, arrastrando su desmayo,
En la bandera de Mayo
Ponen el alma y los ojos.

RAFAEL OBLIGADO.

AL PAMPERO

Hijo audaz de la llanura
y guardián de nuestro cielo,
que arrebatas en tu vuelo
cuanto empaña su hermosura:
ven y vierte tu frescura
de mi patria en el ambiente.
¡Ven y, enérgico y valiente,
bate el polvo en mi camino,
que hasta soy más argentino
cuando me azotas la frente!

Rafael Obligado.

EN EL DÍA DE LA RAZA

Al arrullo gentil de tus palmeras
que suenan como mágico salterio,
ignoradas tus fértiles riberas,
dormías en la noche del misterio.

Pero vino Colón, el Almirante,
el mago conductor de carabelas,
y en marcha sin igual, siempre adelante,
te descubre en la orilla donde velas.

España dióle el músculo potente
de sus soberbios hijos castellanos,
que en frágiles navíos, bravamente,
surcaron sin temor los oceanos.

Y, enamorados de la virgen tierra,
los bravos hijos de la noble España
fueron dejando lo mejor que encierra
la generosa y singular entraña.

Idioma, religión, amor, pasiones,
espíritu romántico, hidalguía,
lo que hace estremecer los corazones
con un toque gentil de poesía.

Desde la cresta colosal del Andes
hasta en el valle de escondido río,
sembrando hazañas cada vez más grandes
fueron dejando el lírico plantío.

Y, perfumada la simiente noble
hecha por gente de la raza ibérica,
perfume de ámbar, con vigor de roble,
eres el fruto más preciado, ¡América!

IDA L. RÉBOLI.

AMÉRICA

TENDIDA sobre sábanas de rosas
a la sombra de amor de sus palmeras,
bajo un cielo de eternas primaveras
guardada por los ángeles de Dios,
una encantada tierra de deleites,
maravilloso mundo de colores,
dormía entre sus aves y sus flores
arrullada por música de amor.

Y es fama que, cual hada peregrina
que del seno del mar surgiera un día
orlada de joyante pedrería,
hiriendo con su luz la luz del sol,
así la hermosa madre de los Incas
surgió del suelo de joyantes mares,
y presentóla al mundo sobre altares
el genio audaz del inmortal Colón!

JUAN CRUZ VARELA.

SALUDO A AMÉRICA

¡Colón! Su nombre solo despierta en la memoria
la página más bella del libro de la Historia,
la empresa más gigante que vieran Tierra y Mar;
con naves y soldados de un pueblo de valientes
él hizo un mundo solo de mundos diferentes,
y vino a estas costas la Tierra a completar.

Por él a vida nueva nacieron aquel día
cien pueblos, cuyas almas la niebla oscurecía;
Colón alzó en los aires un lienzo y una cruz,
volvióse hacia la altura gozosa su mirada,
besó la blanda arena, la tierra inmaculada...
¡y abrieron esos pueblos los ojos a la luz!

¡América grandiosa, soberbio continente:
del ósculo que un día selló tu casta frente
brotó tu oculta fuerza, tu noble redención!
Hoy tienes en tus manos del mundo la palanca;
sé grande... mas no olvides que tu grandeza arranca
de España, de tu madre, del beso de Colón.

Juan A. Cavestany.

TIERRA PROMETIDA

AMÉRICA! ¡Se anuncia el nuevo día
en que el Arte y la Ciencia te den gloria!
Será del pensamiento la victoria,
no la victoria de la guerra impía.

La voz del porvenir es la voz mía;
mi palabra augural no es ilusoria;
hecha de luz y lágrimas, tu historia
habla en mí con fervor de profecía.

El viejo mundo se desploma y cruje...
El odio, entre la sombra, acecha y ruge...
Una angustia mortal hiere la vida...

Y como la leve arena que alza el viento,
a ti vendrán el paria y el hambriento
soñando con la Tierra Prometida.

LEOPOLDO DÍAZ.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LAS PRENSAS DEL ESTABLECIMIENTO GRÁFICO JACOBO PEUSER, Ltda. EL DÍA QUINCE DE MARZO DE MIL NOVECIENTOS TREINTA Y CUATRO